

MEMORIAS DE UN SOLDADO



JOSÉ BARCOS BARCOS

A Merche, a mi hermano Josep,

a Carmen y Juan Carlos

por su inestimable colaboración

José Barcos Barcos



**MEMORIAS
DE UN SOLDADO**

Presentación

Este libro narra parte de los recuerdos de la vida de mi padre que escribió con sesenta y siete años. En él relata la lucha de un hombre, como la de tantos otros en su época, que quedó marcado por las experiencias que le tocaron vivir: su vida de pastor en el monte, la incorporación al Frente Nacional, el paso al Frente Republicano, la militancia en el Partido Comunista, los campos de concentración, la cárcel, el apoyo a la guerrilla, más cárcel,... Todas estas experiencias marcaron y definieron su vida y su carácter.

Estas historias que de niño escuché cientos de veces, con el tiempo él decidió compartirlas, para que quedara constancia de estos hechos.

Como hijo suyo he decidido editar estas memorias, porque creo que su objetivo era que llegaran más allá de nosotros, que llegaran a cualquier persona interesada en conocer como la tragedia de una guerra cruel e injusta, cambió el rumbo de su vida, así como la de tantos hombres y mujeres de su generación.

Luis Barcos Nuévalos

1. José, el pastor

Me llamo José Barcos Barcos. Nací en Fago, Valle de Ansó (Huesca), el 24 de Diciembre de 1913. Hijo de Alejandro y Manuela. Mi padre fue un hombre que hizo mucho por el pueblo en el periodo de la Segunda República en España. Fue alcalde durante 7 años en la dictadura del general Primo de Rivera y Juez de Paz mientras duró la República.

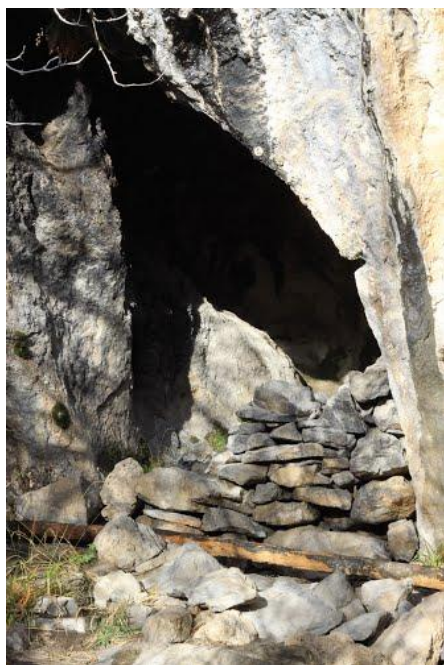


Vista de Fago

Mi padre estuvo en Argentina y recorrió las planicies de la Pampa y Patagonia. Cuando regresó trajo algo de dinero y reconstruyó la casa, que estaba ya muy vieja. En la chimenea puso un letrero que decía

1909. El exterior de la casa era de estilo andaluz, blanca como la nieve. Era de las más bonitas del pueblo. Mi madre fue muy buena para todos. Éramos 8 hermanos, 4 chicas y 4 chicos. Vivíamos de la ganadería como la mayoría de pueblos fronterizos con Francia (Valle del Roncal) Navarra, Ansó, Hecho, etc.

Fago era un pueblo pequeño de unos 300 habitantes. Cuando yo tenía entre 4 y 8 años en casa teníamos el estanco y el café, así como algunas ovejas, cabras y vacas.



Cueva de Cucos

A dos horas del pueblo, unos 8 km, en Fórcala, había unas cuevas grandes (cueva de Cucos) y alrededor de estas unos campos propiedad de mis padres en los que se cosechaba un excelente trigo y otros cereales. En estas cuevas, lejos de Fago y cerca de los pueblos de Majones y Huértalo, se puede decir que nos hemos criado tanto mis hermanos como yo. En el invierno con las cabras y ovejas y, a veces

con los zorros y jabalíes que por allí acampaban, yo plantaba cepos para ver si alguno caía o alguna fuina que también las había. Así pasaba yo los inviernos, a veces con dos palmos de nieve o hasta un metro, con unas heladas y escarchas enormes. Metido dentro de la cueva resguardado como los topos, bien abrigado, eso sí, con mantas de pura lana y pieles de nuestras ovejas, con abundante paja para hacer de colchón y poder dormir y buenos troncos de leña de encina y roble, que por allí llamábamos de carrasca y chaparro. Se puede decir que en invierno no se apagaba el fuego ni de día ni de noche, con una cerilla teníamos para todo el invierno, cosa que por allí no es nada corto, pues dura de Noviembre hasta Abril; esto si la primavera viene buena. Las borregas y las cabras se pasaban todo el invierno heladas de frío, por las noches muchas veces estábamos a menos 15 grados. Los animales que resisten bien el frío los he visto temblar y con los pelos de la cara en punta, encogidos como si fueran a juntárseles las cuatro patas. ¡Daba pena verlos así!

En la primavera y verano guardaba yo los campos de trigo día y noche para que no vinieran los jabalíes a comérselos o a revolcarse en ellos, recogía montones de leña y hacia hogueras, plantaba espantajos de ropa y paja y les ponía cencerros para que con el aire sonaran y espantaran a los jabalíes. Así salíamos del invierno y de la primavera y después llegaba el verano y con él tiempo de recolección, de la siega y de la trilla.

Las cabras y ovejas de aquellos montes ya no se acordaban de la cueva de Cucos, ni del frío que habían pasado allí durante el invierno, se les veía contentas pastando por aquellos prados del alto Aragón (Guarrinza, Aguas Tuertas, o Zuriza), junto con los rebaños de ganado franceses. Esperaban la llegada del invierno para volver a las cuevas de Cucos de Fórcala, o bien bajar a la ribera, a las llanuras del bajo Aragón, de Huesca, Zaragoza, cerca ya de Lérida y, al llegar el mes de Mayo, subir otra vez a pastar en los puertos del alto Aragón.

Como yo era el mayor de los hermanos, siempre me cargaba con el trabajo más pesado, desde los 8 años hasta los 23, año en que estalló la Guerra Civil Española, julio del 36. Aunque mi hermano Clemente era mayor que yo, no se le podía mandar nada, pues era un enfermo mental, y como mi padre no encontraba pastores para que resguardaran las vacas y el resto del ganado, a los 8 años ya me mandó a la ribera con el ganado en compañía de otros vecinos ganaderos. Por aquel entonces teníamos unas 150 ovejas, 30 vacas y 40 cabras. La primera vez que bajé a la ribera fue a Asoveral provincia de Zaragoza con mi primo Casimiro, el tenía 2 años más que yo , yo era tan pequeño que cuando me acercaba a las ovejas huían de mí, les parecía que yo era un perro. Aquellos hombres que estaban a nuestro cargo eran tío Petillano, Marieta y Chanloren y nos mandaban por la noche a coger coles en los huertos. Hacía un frío que pelaba y se nos helaban las manos; llegábamos con una o dos coles más grandes que nosotros, las partían y las ponían a cocer en un caldero grande. Cuando estaban cocidas comíamos todos del mismo caldero, quemaban tanto que mi primo y yo muchas veces nos quedábamos casi sin comer.

En aquella época iba a la escuela a temporadas. Los chicos y chicas íbamos juntos a clase. La escuela estaba en el primer piso de la casa Consistorial, solo había una maestra, la srta. Juanita que vivió muchos años en casa Valero; ella me apretaba mucho por ser el hijo del alcalde. El cura del pueblo era mossén Basilio Coterón y en las clases de religión me apretaba más que a todos. Me acuerdo que cierto día al preguntarme la lección dudé en algunas cosas y me llevó aparte y me preguntó: “¿José, verdad que no has estudiado la lección?” Le contesté: “No padre.” “Y, ¿por qué?” me dijo: “Porque veo que es mentira.” Le contesté: “Cosas de chiquillos”, tuve valor al contestarle así.

Nuestra casa vino a menos, al tener mi madre tantos críos; cada parto que tenía le costaba unos meses de cama. ¡Cuántos galopes tengo echados con la mula y el caballo antes de hacerse la carretera de Ansó a Fago. Yo tenía que ir a buscar al médico porque en Fago no había ni

practicante. Mi madre se ponía a morir cada vez que paría. A veces con dos palmos de nieve, con ese ventisco era difícil llegar a Ansó, pero en cuanto el médico Don José me veía llegar con el caballo ya sabía que era para visitar a la dueña de casa Cucos. Montábamos en el caballo y lo más deprisa que podíamos nos presentábamos en Fago.

Tenía yo alrededor de 10 años cuando caí enfermo, tenía unos fuertes dolores en las dos piernas y no me podía tener de pie, a tal extremo llegó que tenía que ir como los gatos, o bien tenían que cogerme en brazos; así estuve unos meses hasta que en julio mi hermana María y mi tía Josefa de casa Paloma me llevaron a los baños de Aso Veral, cerca de Sigües en la canal de Berdún (Huesca). Allí había una balsa de un metro de profundidad más o menos y todo alrededor era barro y piedras no había nada de obra de cemento. Allí se tumbaban la gente alrededor de una hora y se frotaban con el barro que había dentro en las zonas doloridas, yo me frotaba las piernas y las dejaba secar al sol, una vez tenía el barro bien seco en el cuerpo me vestía y aguantaba con él hasta el día siguiente que volvía a ponerme a la balsa y así durante 15 días. A unos 50 metros estaba la fuente que manaba mucha agua, con un olor que yo no podía soportar de malo que era, a mi me la hacían beber, yo cerraba los ojos y echaba a la fuerza un buen trago y lo mismo hacían los que estaban enfermos como yo. Siempre estaba lleno de gente y a lo sumo solo se podían bañar 20 personas. A los 15 días se me pasaron los dolores de las piernas y, no solo eso, se estiraron los nervios que tenía encogidos y me fui andando al pueblo. Tuve que repetir esto durante 2 años, es lo que estaba estipulado para la gente que estaba enferma. ¡Ya nunca más volví a sentir ese dolor!

En casa teníamos un caballo negro con una estrella blanca en la frente, una mula y un burro pardo muy grande, cierto día que andaba yo guardando ganado con Francisco Diez de casa Chivarro en Gabarre, termino municipal de Salvatierra, decidimos ir a Fago, así que montamos los dos y a galope tendido nos presentamos en el pueblo en media hora. Al caballo le caía el sudor a chorros, mi padre cuando vio

esto se enfadó mucho y me marché a casa Chibarro a merendar y no volví hasta dos horas más tarde, esperando que a mi padre ya se le hubiera pasado el enfado. Tenía entonces yo alrededor de 14 años. Cierta día el caballo iba cargado desde la Loma de Marianico de Fórcala y al llegar a la Plana de Monteoscuro cayó, se rompió un anca y allí murió.

Teníamos un burro pardo. Un día estábamos casi toda la familia segando trigo en un campo cerca de la cueva de Cucos, era por la mañana y hacía un día espléndido, pero a media tarde empezaron a salir nubes por la parte de Burgui (Navarra) y el Valle de Roncal, cada vez se iba oscureciendo más y de pronto cuando menos lo esperábamos, afanados como estábamos en la siega, vimos un relámpago seguido de un fuerte trueno, tan fuerte que pareció que iban a derrumbarse aquellas montañas y empezaron a desprenderse de las nubes algunas gotas de agua; echamos a correr todos hacia la cueva más cercana pues ahí teníamos la ropa y los enseres. Cuando toda la familia estaba recogida en la cueva empezó a arreciar más la tormenta, el agua con granizo caía como si la echaran a cubos y sobre todo, truenos y relámpagos no faltaban, nos asustamos, en especial mis hermanos más pequeños, Josefa y Esperanza, que se echaron a llorar asustadas junto a nuestra madre. De repente, mi madre gritó: “¡Qué olor a azufre tan fuerte se nota, marcha José, corre a ver si les ha pasado algo a las caballerías!” Nervioso y con miedo fui corriendo por una senda que estaba cubierta por las ramas de boj, cargadas de agua como estaban, llovía aunque con menos intensidad, llegué pronto a la cueva más grande y unos metros antes de llegar vi al burro panza arriba tumbado ¡estaba muerto! Todo aquello olía muy mal, como decía mi madre a azufre, lo mató un rayo. Así terminó el pobre burro pardo que tanto quería mi padre y todos nosotros, pues tenía tanta fuerza como un macho de labranza.

En casa también tuvimos una mula. En cierta ocasión probaron dos machos, uno de casa Petillano y el otro de casa Chanloren de arriba a arrastrar un árbol que había tirado la riada en un punto que era difícil

sacarlo, no podía ninguno de los dos; pero tan pronto llegó la mula de casa Cucos dijo mi padre: “Esta lo sacará.” En el primer tirón que dio fracasó, pero cogió mi padre un vergajo y dándole con él en el anca, al tiempo que lanzaba un juramento, la mula dio un tirón fuerte y lo movió, siguió mi padre dándole en el anca y de un tirón más fuerte lo acabó de sacar de donde estaba. Por eso mi padre dijo que jamás la vendería, murió en casa. Ya era vieja y una noche que mi padre bajó a la cuadra a darle de comer se la encontró muerta, ahorcada, ella sola lo había hecho. Así terminaron los animales que teníamos en casa Cucos para el trabajo y ya no fueron reemplazados hasta años más tarde que mi hermano Federico compró un pollino a unos pastores franceses y le dio muy buen resultado.

En estos valles habían dos tipos de trabajo: de pastor o de leñador (cortando pinos y hayas). Esta era toda la riqueza que había en los valles de Ansó y Fago, la madera y la ganadería. Había una copla que se cantaba mucho, era muy conocida, esta decía: “No son solo los de Ansó los que cruzan la canal, que también los de Hecho pasan y los del valle del Roncal.”

La copla se refiere a que todos los pastores con sus rebaños bajaban a la ribera en el otoño y en la primavera volvían a subir, por eso tenían que cruzar la Canal de Berdún. Se puede decir que los pastores de los valles de Roncal, Ansó y Hecho nos pasábamos seis meses fuera del hogar, a veces a dos horas o más del pueblo más cercano, en un corral de ganado o paridera, como se dice en Aragón. Yo había cruzado muchas veces la Canal de Berdún y el río Aragón con más de 1000 cabezas de ganado lanar y cabrío, en días de mucho frío, con lluvia o nevando, hasta que llegabas al destino que tenías previsto. ¡Qué vida más mala era esa. No se sabe hasta que a uno le toca! Pero, en el verano ya era otra cosa, ¡qué montañas más altas, qué bonitas, qué ríos, qué bosques, qué precioso era todo! ¡Cuánta riqueza y belleza hay en los Pirineos del Alto Aragón! Las aguas que purificaban la sangre te abrían un buen apetito.

De Ansó subes a Zuriza a la fuente de Euzcarri que nace a la orilla del río Veral, entre dos montañas parte de Alano y parte de Euzcarri. Está a una altura de 2360 metros y abastece de agua la villa de Ansó, en un recorrido de 15 km. Está también la Fuente Fría (está un poco más arriba del cuartel de la Guardia Civil), esta agua hay que beberla a sorbos porque de un tirón no se puede beber se te hielan la boca y los dientes. Y así pasaban los años y me di cuenta que, lo poco que me había enseñado la maestra, se me había olvidado

Un día del mes de Octubre de 1932 me encontraba solo guardando 1500 cabezas de ganado lanar y cabrío de casa de Poli de Fago, en Guarrinza. Por la noche me refugiaba en la casa de la Mina que estaba muy cerca de la Selva de Oza, Valle de Hecho (Huesca) hoy conocido por todo el mundo y porque en esta selva solía refugiarse el Oso Pardo. En aquellos tiempos nos hacía temer a los pastores por el ganado porque en aquella zona acampaba y dormía donde quería.

Ese día estuvo nevando todo el día, la mitad de la montaña hacía arriba quedó blanca de nieve, serían las 9 de la noche cuando los dos perros que yo llevaba, se llamaban Marquesa (era de mi hermano Federico) y Moro (era de mi hermano Andrés) no hacían más que ladrar fuertemente hacia el río. Piensa mal y acertaras. Pensé en el oso pardo, pero esta vez no fue así, me puse a escuchar atentamente y en un momento que los perros callaron, me pareció oír gritos de personas, pero con el ruido del agua no entendía lo que decían.

Se lo dije a los dueños de la casa, un matrimonio con una hija de 22 años y otro pastor de Fago, Ángel de Momolón que estaba con el ganado de casa Valero. Fuimos los tres hombres al río y pasamos por el puente que allí había y en un prado a la izquierda del puente oímos unos gritos pidiendo auxilio. Nos acercamos a ellos, eran tres hombres extranjeros, medio helados de frío y con las ropas empapadas. Los llevamos a casa y se quitaron la ropa empapada de agua y se metieron en cama hasta el día siguiente. Los tres eran de Portugal y al llegar a la

estación internacional de Canfranc, la policía franco-española no les dejó pasar a Francia, ellos quisieron pasar a través del monte y acabaron perdiéndose. Gracias pudieron dar a nuestros perros Moro y Marquesa, de lo contrario, aquella noche se hielan. Los carabineros españoles que no estaban muy lejos se enteraron pronto y se hicieron cargo de ellos, se los llevaron y ya no supimos más.

El caso es que aquellos señores eran de Portugal. Yo no sabía dónde estaba Portugal, ni Barcelona, ni Cuenca, ni Madrid, etc. Cuando salí del colegio para no volver más, sabía algunas cosas, pero se me habían olvidado, tanto es así que aquel invierno bajamos con el ganado al Castillo de Orus a unos 10 km de Huesca y uno de los días que yo bajé a la capital, me compré un libro de geografía y uno de aritmética y con estos dos libros me pasaba buenos ratos estudiando por el monte guardando las ovejas. A veces, cuando me daba cuenta, las ovejas ya habían entrado en el trigo. Muchas veces me pasó esto pero aprendí muchas cosas: sabía dónde estaba Portugal, Barcelona, Madrid, etc. En cierta ocasión para sacar una cuenta estuve 8 días peleando con ella, estaba conmigo Donato de casa Chesa que sabía mucho de cuentas, pero no me lo quiso decir más bien me desanimaba, me decía: “¿ Para qué quieres aprender tantas cuentas? Con que sepas vender los corderos y la lana tienes bastante.” Pero yo no me di por vencido y al final encontré la solución: tenía que aprender bien aritmética y el sistema métrico decimal.

Al año siguiente no bajé con el ganado al Castillo de Orus hasta el mes de Marzo para quedarme en Biel, provincia de Zaragoza. Ese año pasé un buen invierno, como estaba tan cerca del pueblo, cada domingo y días festivos bajaba por la noche al café y al baile. Hice buenas amistades en Biel. Al terminar el baile nos reuníamos algunos mozos en los cafés o casas particulares a comer un buen caldero de migas, que las hacía yo con abundante longaniza, chorizo y jamón todo bien acompañado de un buen vino, luego contentos y alegres cogíamos las guitarras y las bandurrias y a rondar por las calles del pueblo.

El año siguiente arrendaron toda la sierra del monte alto de Biel y bajamos varios socios de Fago, con un total de 1400 cabezas de ganado, a cuyo cargo estaba yo y conmigo venían Donato de Chesa, Joaquín de Petillano, Amado y José de Ambeles. Donato iba con unas 100 cabras y algunas ovejas, José de Ambeles era un chaval de 14 años. Un día le mandé a Biel con el burro a buscar un recado, por lo tanto aquel día iba yo solo con el ganado mayor por la Sierra de Santo Domingo. En lo más alto hay una ermita y a unos 200 metros antes de llegar hay una fuente rodeada de muchas matas de boj, fui a beber y la perra que llevaba que se llamaba Chispa se puso a ladrar fuertemente hacia el bosque con los pelos erizados; pensé que algo extraño ocurría allí. En aquel tiempo siempre solía llevar un hacha pequeña para hacer unas canablas para las ovejas y ponerles un cencerro en el cuello, me puse nervioso y estaba preparado con el hacha por si tenía que usarla, fui poco a poco entrando en el bosque. La perra no paraba de ladrar entrando y saliendo del bosque dando saltos con los pelos de punta, fui entrando hasta que vi a un jabalí de pie que estaba gravemente herido, tenía la cabeza como los toros cuando van a embestir yo fui por detrás y con el hacha en mano le di un fuerte golpe en la cabeza, cayó enseguida al suelo, muriendo al poco rato. Pensé que estaría herido y así fue tenía un tiro en el hígado, eso me salvó que estuviera ya medio muerto. El día anterior unos cazadores de Fuencalderas (Zaragoza) habían dado una batida por aquellos pinares de la Sierra de Santo Domingo y se les escapó gravemente herido.

Muerto ya el jabalí me lo cargué sobre el hombro, cosa que me costó mucho y lo llevé durante cosa de 1 km hasta divisar la choza donde acampábamos. Pero, llevarlo hasta allí era duro, porque faltaban algo más de 2 km de monte a través, sin ningún sendero y eso era mucho para ir con el jabalí al hombro y aunque yo estaba fuerte, me cansaba y no podía. Entonces vi allá a lo lejos a Donato de Chesa con las cabras paridas y lo llamé todo lo fuerte que pude varias veces y por fin me oyó y subió con un macho de casa del herrero de Fago para llevar al jabalí a la choza. Donato no lo podía creer hasta que lo vio. Cargamos al jabalí

en el macho, al principio no se dio cuenta y estuvo quieto pero en cuando notó el olor y lo vio, se asustó. Tuvimos que taparle la cabeza con una manta y halagándolo un poco lo pudimos engañar, dándole palmadas en el cuello y diciéndole, so, quieto, no te asustes. Una vez atamos bien el jabalí con una soga fuerte al aparejo del macho, este empezó a andar con mucho recelo, mirando de izquierda a derecha y atrás como si tuviera miedo, pero a medida que andaba se le fue quitando y llegamos bien a la choza.

Una vez en el campamento merendamos y después procedí a quitarle la piel y descuartizarlo, entonces vi que tenía una bala de plomo en el hígado, le había atravesado las costillas, pesaba entre 80 y 90 kilos, tuvimos carne para muchos días a pesar de que dimos a los Guardas Municipales de Luesia, Fuencalderas, Biel y Longas, (Zaragoza) y a la gente de la posada en Biel. Estos se lo merecían mucho, todo lo que les regalásemos sería poco, eran de las personas más buenas que he conocido en mi vida.

El Valle de Ansó se compone de dos pueblos, el del mismo nombre y Fago. Ansó, aunque había casas más pobres que en Fago, siempre ha sido el pueblo rico, hay un dicho que dice que el pez grande se come al pez chico, y creo que Ansó se comió a Fago. El término municipal del valle de Ansó y Fago es el mismo, va desde Navarra hasta Candanchú, al nor-este corre a lo largo de la frontera francesa hasta Canfranc, limita con Francia, Esper y el Ibón de Estanes, con Aragües del Puerto limita con el valle de Hecho que es muy extenso, Huértalo, Biniés, Salvatierra, Burgui, Garde, Isaba y la frontera con Francia.

Ansó y Fago se reparten la mancomunidad de los pastos, los puertos para el ganado se echan a sorteo. Cada puerto tiene que ser cubierto por no menos de 1000 ovejas de parir si no se llega a esa cantidad se asocian con otros pastores hasta cubrir el número de 1000 cabezas o más de ganado. Los puertos destinados a los corderos se llaman

Barregariles, Aguatuerta, Foyas, Mallo de Lasierito y Zuriza. En todos estos puertos he estado de pastor.

Los más llamativos para mí fueron sobre todo, el Puerto de Estribiella rodeado de montaña de roca y la Selva de Oza, la vertiente del valle de Hecho en la parte sur-oeste hacia Alano tiene una altura de 2.390 metros , en el verano se llena de sarrios que da gusto verlos.

Un año me tocó subir al Puerto de Estribiella con mi primo Isidoro que era mayor que yo, era muy aficionado a la caza y siempre llevaba la escopeta de su padre. Por estos alrededores había mucha caza de sarrios y jabalíes, estos últimos venían de la Selva de Oza. Algunas noches bajaba una manada de jabalíes cerca de nuestra choza al cubilar del ganado. Las ovejas al oler a los jabalíes se marchaban hacia arriba. Entonces ellos entraban al cubilar a moverlo todo con el morro y comer lo que encontraran. Mi primo Isidoro, que tenía un olfato como los perros de caza, se dio cuenta de ello. Una noche cogió la escopeta y se escondió en una vertiente detrás de una roca de unos dos metros de altura, que desembocaba en la Selva de Oza, era donde ellos tenían la madriguera, esperó toda la noche, hasta que cansado de esperar tenía ganas de abandonar e irse a dormir a la choza, cuando de repente, escuchó los gruñidos de la manada de cerdos salvajes que se acercaban hasta donde él estaba. Esperó hasta poder tenerles a tiro y hacer blanco, y así lo hizo. De los ocho bultos que iban en la manada, disparó al más grande y todos salieron huyendo hacia la Selva de Oza. Mi primo bajó hacia la choza donde yo estaba, como pudo, en la oscuridad de la noche. Yo me había despertado a causa del tiro, que retumbó por todas aquellas montañas. Llegó y se acostó pero antes me dijo: “Cuando se haga de día iremos a ver qué es lo que han hecho.” Y así fue, a la que amaneció nos fuimos los dos a ver si encontrábamos rastros de sangre y, efectivamente, allá en la ladera de la Pedreguera, antes de llegar a la selva lo encontramos vivo todavía. Mi primo le disparó con su escopeta de un cañón y enseguida cayó muerto.

Lo llevamos a la choza. Yo mismo le quité las tripas y el resto se lo llevó mi primo a Fago. Aquel día lo pasamos bien con el mondongo y la asadura del jabalí. Al día siguiente por la mañana temprano nos levantamos y almorzamos tranquilamente migas con el entrevivo del jabalí, por cierto las migas estaban formidables. Luego, como cada semana al pueblo; esta vez le tocaba a mi primo bajar. Bien contento que se marchaba con el jabalí. Preparó los aparejos del burro y las alforjas, mientras yo subía al cubilar a buscar al burro que estaba pastando, cargamos el jabalí y se marchó al pueblo que estaba a unos 30 km. Hasta el lunes o martes de la semana siguiente no volvería a subir.

Al cabo de unos veinte días, alrededor del 15 de agosto, se presentó en el puerto donde estábamos Isidoro y yo, mi tío Juan con un perro grande para la caza de jabalíes que se lo había dejado un amigo de Ansó. Llevaba una escopeta de dos cañones, de gatillos ocultos, muy buena. Como en el Puerto de Estribiella donde estábamos, el ganado se cuidaba casi solo porque estaba casi cerrado, rodeado de montañas y maleza, solo había un paso al puerto vecino, Tortiella, por allí se podía escapar algún rebaño, pero era de fácil control. Así que teniendo en cuenta esos pormenores y a condición de que estuviéramos al tanto, nos fuimos los tres a cazar sarrios.

Cogimos la marcha con nuestros perros hacia arriba, tuvimos que parar a descansar dos veces antes de llegar a lo más alto de los picos de Estribiella y Alano cuya altura era de 2380 metros. Desde ahí veíamos una inmensa extensión de terreno, valles, llanuras, montañas, daba gusto ver ese panorama con ese clima tan agradable y el día tan bueno que nos hizo, era pleno verano. Mi tío Juan estaba sentado en un roca y no hacía más que mirar con los prismáticos, no decía nada hasta que por fin nos hizo una seña con la mano, hablándonos muy bajo para que los sarrios no nos oyeran, dijo: “¡Allá en aquel monte hay unos cuantos!” “Efectivamente.” respondí. Entonces mi tío me dijo: “José coge el perro y te quedas allí, Isidoro y yo iremos por detrás de la

montaña y saldremos corriendo hacia los sarrios tirándoles a bulto, a ver si los cogemos desprevenidos.” Mientras tanto los sarrios seguían quietos, era señal de que no nos habían oído, pues el viento iba en contra de ellos, seguramente sería por eso.

Llegué al puesto que me indicó mi tío con el perro y pasamos un buen rato. Me extrañaba que tardaran tanto en rodear la montaña y ya me disponía a sentarme en una sombra que había en un peñasco, cuando veo a los dos corriendo hacia los sarrios al tiempo que sonaron tres disparos seguidos. Los sarrios salieron en desbandada en todas direcciones, mi perro al oír los tiros se echó a correr hacia ellos. Mi tío me gritaba que venía uno hacia mí y así era, venía saltando a tres patas, una de atrás la tenía rota completamente y mi perro iba detrás de él y parecía que lo iba a coger, cuando dio un salto con las tres patas por lo menos de 10 metros y cayó en una gruta. El perro no pudo seguirle y se volvió a mi lado ladrando como un desesperado. Al rato llegaron mi tío y mi primo que también tuvieron lo suyo con otro sarrio que se les escapó mal herido y por culpa del terreno no pudieron cogerlo así que, en la maleza, moriría. Parecía que aquel sarrio que se había caído en la gruta era casi nuestro, aunque todavía tendríamos que sudar un poco más. La gruta tenía dos salidas, una por donde saltó el animal y otra por abajo, esta era más fácil y ellos lo podrían matar cuando saliera y si salía por donde saltó, estaba yo con el perro. Mi tío e Isidoro fueron a la parte baja de la gruta. Cuando ellos me dieran la señal yo iría bajando con el perro, dando gritos y tirando piedras para que el sarrio fuera hacia abajo. Bajó hasta unos 50 metros y de repente, supongo que los olió, se dio la vuelta y vino hacia mí, cuesta arriba aunque era muy difícil. En un momento creí que lo iba a coger vivo y el perro se le echó encima, dio un salto increíble porque lo hizo con tres patas; iba con la boca abierta y la lengua fuera y se tiró de una altura de 400 metros. Yo me quedé chasqueado, se ve que dijo antes de dejarme coger me mato y así fue cayó en un terreno que no pudimos entrar a cogerlo. No tuvimos suerte aquel día y de mal humor nos fuimos a la choza, cuando ya se había escondido el sol y se acercaba la noche.

Cada año en la villa de Ansó se sorteaban los puertos y los borregariles y rara vez tocaba el mismo puerto en los sorteos. Dejamos Estribiella que era de los puertos buenos y nos tocó el puerto de Orristre que era de los más malos. Tanto Orristre como Estribiella vierten sus aguas al valle de Hecho. En Guarrinza limita con Francia unos 2 km y por la parte francesa vierten aguas en Lescún y Urdó.

Orristre está sin abrigos, hondonadas ni bosques ni tan siquiera un árbol. La leña que gastábamos había que buscarla lejos, al lado de Lasierito y nos era muy costoso. En cuanto al trabajo era poco si el tiempo era bueno. Nos pasábamos los días con los pastores franceses, pero si llovía y hacia viento teníamos más trabajo ya que el ganado no paraba quieto en busca de una hondonada que les diera abrigo. Creo que no había en todo el valle un puerto más malo.

Aquel verano me tocó como compañero Santiago de Canónigo. Fue un verano de muchas tormentas. Un día que nos cayó una tormenta muy fuerte con mucho aparato eléctrico y truenos, le salvé la vida a Santiago. Desde donde yo estaba, salí a una pequeña hondonada que parecía hacer el terreno, al mismo tiempo llamaba a Santiago para que bajara hasta allí. No hizo más que llegar, cuando sonó un trueno muy fuerte y cayó un rayo en el sitio donde estaba cuando lo llamé. Cuando pasó la tormenta subimos hasta donde él había estado y, efectivamente allí había caído un rayo, había hecho un hoyo y estaba todo negro a su alrededor, quemado, carbonizado. Santiago me halagó de una forma muy rara, al decir: “José tú me has salvado la vida, hoy puedo decir que he vuelto a nacer.”

Al año siguiente me tocó ir con los corderos a las Foyas de Lasierito, también vertiente al valle de Hecho. Era un “borregaril” bueno, rodeado de unas montañas muy altas, entre ellas, el Pico de Anie 2508 metros de altura y en Lescún otro de 2433 metros, estos del lado francés y otro, el de Forca de 2390 metros, este del lado de España. Por esta zona ya no hay picos más altos, excepto el Bisaurin 2670 metros que está entre

Candanchú y Aragües del Puerto. Como de costumbre bajaba cada sábado al pueblo a buscar comida para toda la semana. De aquí también tengo un recuerdo que jamás podré olvidar.

El valle de Hecho es un valle geográficamente más bonito que el de Ansó, aunque los dos son muy hermosos. Hecho no tiene frontera con Francia, hay una franja de terreno de unos 10 km que es de Ansó, que se extiende desde la collada de Petraficha de 2400 metros hasta Esper, que limita con Candanchú, el Ibon de Estanés y Aguatuerta .

Una mañana del mes de julio amaneció muy raso el cielo, (como una campana se suele decir en estos pueblos del alto Aragón), pero hacia las 11 de la mañana, como era muy frecuente allí, no le hice mucho caso, se empezó a nublar por encima mismo de Hecho y las nubes venían hacia Lasierito. Yo estaba allí solo con los 700 corderos que no tenían más de 6 o 7 meses, unos 400 eran machos y estaban en venta y las hembras, las mejores, para la cría. La tormenta se dirigía hacia el valle de Guarrinza. Éste se divide en dos partes: el del mismo nombre y el de Lasierito. Los dos se unen encima de la Selva de Oza, o sea al norte, entre el cuartel de la guardia civil, la casa de carabineros de frontera y la casa de la mina. Decidí irme a la choza de un pastor vecino que estaba a unos 100 metros. El dueño de la choza no estaba allí, estaba con su rebaño en el Ibón de Lasierito, junto a la frontera. Me pareció mal entrar en la choza sin estar él y sin su permiso, pero ante la necesidad que me encontraba porque ya llovía mucho, de dos zarpazos tiré al suelo los tizones de leña que tapaban la puerta para evitar que entrasen los animales a comerse la comida que allí tenía el pastor. Me agaché para poder pasar y entré; pero en aquel instante vi un relámpago tan largo, seguido de un trueno tan fuerte que parecía que iban a caer aquellas montañas. Yo me quedé un momento con los ojos cerrados sin poderlos abrir, percibiendo al mismo tiempo un fuerte olor, esto me hizo pensar que un rayo había caído cerca. De pronto sentí mal cuerpo y caí desmayado al suelo de la choza. Así estaría unos 20 minutos más o menos, cuando desperté ya me encontraba mejor, no estaba mareado,

y la tormenta había pasado. Salí y me fui donde había pensado quedarme porque era un montículo muy bueno, desde allí veía muy bien a los corderos. Allí mismo donde yo tuve los pies había caído el rayo y con forma de estrella de seis u ocho puntas había ido labrando la tierra y partiendo las piedras, hasta en la pequeña cueva que yo dudé en quedarme hizo una raja en la roca. Me dije a mi mismo: “José hoy has vuelto a nacer.” Si me hubiera quedado estaría muerto, carbonizado. Me fui a la choza encendí el fuego y me puse a hacer la cena, intentando olvidar el susto que pasé aquel día.

A la mañana siguiente como de costumbre me puse a contar los corderos y vi que faltaban, volví a contarlos y efectivamente me faltaban cinco. Llamé a mi perra Chispa y le dije vamos a ver si los encontramos, busca, busca Chispa, se adelantó olfateando y allá a lo lejos, en una inmensa roca, que daba al Puerto de Tortiella, la siento ladrar como diciendo, ven que aquí están. Cuando llegué vi que estaban los cinco muertos, los había matado otro rayo que cayó enfrente de donde yo había dudado si quedarme. Cayeron trozos de roca de una altura de 400 metros y estas rocas al caer por la ladera, mataron a las ovejas que estaba pastando bajo aquella inmensa roca que daba al Puerto de Tortiella

Tuve un trabajo enorme aquel día en recoger los corderos muertos y quitarles la piel, los huesos y hacerlos en salón. Menos mal que aquella tarde llegó Donato de Chesa del pueblo cargado de pan, vino y comida para toda la semana y me ayudó en el trabajo. Hay que saber que la carne, como era aquella, despeñada, secada al sol y al aire es muy buena y sabrosa, mejor que si fuese sacrificada en matadero.

Otro día mandé al zagal de Ambeles, a José, al Mallo Blanco a buscar unos corderos que se habían juntado con el ganado que guardaban mis primos Isidoro y Cristóbal de Lorón y como estaban un poco lejos hizo noche con ellos. Al día siguiente trajo los corderos y cinco o seis kilos de truchas que le dieron, al tiempo que me dijo: “Estoy harto de comer

truchas, comí anoche, almorcé esta mañana. Tus primos cogieron al menos 15 kilos, hicieron un acotado y las cogían a puñados, de otra forma no hubieran cogido tantas porque en aquellas aguas no se podía estar más de media hora de lo fría que estaba, amanecía pronto con los dientes tiritando.” Estas aguas proceden de la nieve que estaba a unos 2 km y de las fuentes que nacen por allí y para echar un trago hay que beberla a sorbos de lo fría que está.

Otro hecho importante que me pasó fue en una mañana de sábado. Eran las ocho de la mañana, me tocó a mí bajar al pueblo a hacer los recados, cogí el burro cabañero con las alforjas llamé a mi perra Chispa y nos pusimos en marcha. Teníamos una buena jornada hasta llegar a Fago, pasar por el Puerto de Anzotiello subir y cruzar la Collada de Petraficha de 2400 metros, subir por sendero de cabras hasta llegar a Zuriza, valle ya de la Villa de Ansó, ya desde allí llegar a Fago era más fácil , era todo carretera. Fue al pasar el puerto de Anzotiello rodeado de montañas de piedra muy alta. Nada más tenía tres senderos se puede decir, para entrar o salir. En un momento la niebla lo cubrió todo, no se veía a más de 10 metros; ya habíamos pasado el cubilar de ese puerto donde el ganado aún estaba recogido sin ir a pastar porque no era la hora todavía; de repente, a través de la niebla, vi pasar muchos bultos y a medida que íbamos andando me di cuenta que eran sarrios dando unos saltos enormes al percatarse de nuestra presencia; me puse a contarlos y había unos 120 que marchaban hacia el mallo de más abajo, del Sabucar, Guarrinza. Era asombroso ver tantos juntos, rebaños de 40 o 60 si que los había visto, pero de 120 nunca.

Aquel invierno de 1930 bajamos a la Sierra de Biel, al Monte de Arcánalo en los meses de Octubre y Noviembre. Las ovejas bajaron al Castillo de Orús, a 10 km de Huesca y en Arcánalo nos quedamos las borregas y yo todo el invierno.

Aquel diciembre de 1930 ocurrió un acontecimiento que marcó el rumbo de España. Hubo la sublevación de Jaca, los capitanes Fermín

Galán y García Hernández habían proclamado la República en España. Las tropas de estos capitanes y las del capitán Sediles se juntaron en Ayerbe, allí descansaron y al amanecer siguieron marcha hacia Huesca. Pero unos km antes de Huesca, en el Santuario de Cillas, se libró el encuentro con las tropas del General Berenguer. Fracasado este movimiento, Fermín y García Hernández, se entregaron y fueron fusilados dos días más tarde, el 14 de diciembre, en domingo, (aunque no se solían ejecutar penas de muerte en domingo) en el polvorín de Fornillos (Huesca). El capitán Sediles se salvó, cayó en manos de un pastor de mi pueblo, éste lo tuvo escondido en una pardina (casa de monte llamada así en la canal de Berdún) y logró pasar a Francia. Con las tropas sublevadas iban dos mozos de Fago, los cabos del ejército Fausto Hernández y Francisco Díez que estuvieron presos en la isla de Menorca.

El fusilamiento de estos capitanes sentó muy mal a la población. El general Berenguer fue muy criticado, sobre todo en todos los pueblos del alto Aragón. Periódicos y revistas publicaban artículos anécdotas y cantaban coplas como esta:

Si encuentras a Berenguer, atízale con la espada

No te vaya a suceder como a los héroes de Jaca

El 14 de Abril de 1931 después de unas elecciones generales y por aplastante mayoría, fue proclamada la República en España y derrotada la Monarquía. La República trajo cosas muy buenas para los trabajadores, campesinos y ganaderos, sin embargo no sentó bien a los terratenientes, condes, marqueses y caciques. Se hizo la reforma agraria cosa que para muchos pueblos fue la salvación de miles de hogares que estaban de miseria y hambre hasta el cuello. La II República hizo más de 30.000 escuelas, cosa que jamás se había soñado. Nadie más que la República hizo realidad los sueños de Joaquín Costa de hacer planes de riego en Aragón y otras zonas de España.

En aquella época teníamos en casa a un cabo de carabineros comandante de puesto que era de Alicante y estaba de hospedaje en nuestra casa, era una persona muy buena. En el verano cuando yo estaba de pastor en los puertos y bajaba los sábados a casa, me estaba esperando para ir los dos por aquellos montes y que le dijera los nombres de aquellas montañas, cordilleras, puertos y picos, caminos de herradura, sendas de cabras y los límites de la provincia que en Huesca son cuatro: Navarra, Zaragoza Lérida y Francia.

El cabo Fernández hizo un plano con todos los lugares que yo le había ido explicando y fue premiado por su superiores en una visita que estos hicieron por estos valles de Ansó, Fago, Roncal y Hecho. En aquellos tiempos ya me dio clases de marxismo-leninismo, de la Caballería Cosaca y del Ejército Rojo, que era el mejor del mundo y gracias a este ejército fue derrotado el nacional socialismo del cabecilla Hitler y Musolíní, el llamado eje Roma-Berlín-Tokio.

Aquel invierno de 1931 me tocó bajar con el ganado a Biel y Valpalmas (Zaragoza) por la zona de las Cinco Villas. En aquellas llanuras de Luna, Erla, Sierra de Luna, Las Pedrosas, Piedratajada, Puentedeluna, Lacorvilla se implantó la reforma agraria a fuerza de lucha, palos y algún tiro. Aquellas tierras eran tan grandes que se perdían de vista, eran yermas y en los pueblos se pasaba miseria y hambre. Cierta día del mes de Marzo estaba yo con el rebaño lanar apacentándolo por aquellas llanuras y sobre las 10 de la mañana vi venir dos columnas de yuntas con mucha gente, hombres, mujeres, y niños. Unos eran de Lacorvilla y los otros de Luna, sumaban entre las dos, unas ciento cuarenta yuntas de labranza y se pusieron a labrar aquellas tierras que eran de condes, marqueses, etc. Los campesinos iban con palos y grandes garrotes y comprendí que allí podía empezar una batalla de palos, porqué fusiles ni escopetas no se veían. Al cabo de una hora que hacía que estaban labrando se vio venir a la guardia civil a caballo y, antes de llegar a las yuntas, empezaron a disparar tiros al aire, pero los campesinos no hicieron caso y siguieron labrando. La

guardia civil tiró a dar, matando a un labriego e hiriendo a otros. Y aunque costó la muerte de algunos, el caso es que aquellas tierras yermas que no hacían más que criar cardos y otras malas hierbas, pasaron a poder de aquellos pueblos que tanto lo necesitaban. Todos estos pueblos de las Cinco Villas y otros muchos, agradecieron a la Segunda República esta reforma que hizo tanto bien a la clase trabajadora y a la cultura en general.

Años más tarde estaba yo de mayoral en casa Paulín de Ansó. Era una familia con muy buenos sentimientos y además eran de los ricos de todo el valle, tenían 10 o 12 yeguas y alrededor de 1000 ovejas y muy buenos campos. En el verano ayudaba en casa unas semanas en la siega, trilla y otras faenas del campo. Aquel invierno bajamos con el ganado a Sariñena y pasamos un buen invierno.

Era el verano 1936, estaba yo guardando 1200 cabezas de ganado lanar y cabrío, cuando las tropas de guarnición que había en África al mando del general Franco, se sublevaron contra el gobierno de la República. Se iba a entablar una guerra que duraría 3 años. En la Loma de Pinaré no estaba muy tranquilo porque sabía que no tardaría muchos días en tocarme a mí ir a pegar tiros, ¿qué iba a suceder? me preguntaba. Yo no tenía nada que ver con todo aquello y me darían un fusil para que matara a gente que yo no conocía o me mataran ellos a mí. Todo esto pasaba por mi mente aquellos días de julio del 36 y si esto sucedía ya ves, iban a matar a un pastor de ganado, que desde los 8 años hasta los 22 no había hecho otra cosa que eso, guardar ganado.

Uno de esos días de julio estaba yo en la puerta de mis jefes, en casa Paulín aparejando el burro para irme al puerto y se presentan dos coches de militares de Jaca que venían para llevarse a un hombre que tenía una camioneta. Al parecer le habían llamado y no se presentó en Jaca, hubo un revuelo entre la gente del pueblo y los militares. Yo acabé de aparejar el burro y me subí al puerto. Más tarde supe que no le pasó nada al hombre.

No pasó lo mismo en Fago. Un señor francés que era pariente de una buena familia del pueblo, lo había cogido el movimiento en Zaragoza y había salido pitando hacia Fago. Allí estuvo unos días en espera de poder irse a su pueblo en Francia. Pero, no pudo ser, se lo llevó la guardia civil y ya no se supo más de él.

En aquellos días cuando venía algún forastero en nombre de la autoridad para llevarse a alguien, se pensaba lo peor. Aquel obrero que colocaba el pararrayos era el mejor secretario de la provincia de Huesca y el mejor obrero de la villa de Ansó, Canfranc, Orna de Gállego, Sigues y otros muchos pueblos de la provincia, incluso el gobernador de Huesca lo conocía muy bien y también se lo llevaron.

El día que estaba esperando llegó para mí. Estaba yo con él ganado en la Loma de Pinaré, una tarde sobre el 15 de agosto de 1936 y vi subir a dos hombres y un burro hacia mi choza, bajé corriendo hacia la choza para ver que querían y quienes eran. Eran un guarda forestal de Ansó y un pastor que habían buscado para sustituirme a mí. “Ha llegado el día para ti, José, han llamado a tu quinta para que te incorpores al servicio militar, y lo tienes que hacer lo antes posible. He subido para comunicártelo oficialmente.” A continuación dijo el pastor: “Yo estoy aquí para sustituirte.” Dicho esto el forestal se fue y nos quedamos el pastor y yo. Le puse al corriente de las cosas y el ganado, merendamos un poco y nos despedimos, deseándome buena suerte y me fui.

A partir de aquel momento ya no era pastor, había dejarlo de serlo a la fuerza, tenía que abandonar el ganado que tanto quería sin saber si volvería a verlo y poderle dar buenos pastos y que mis ovejas me dieran buena leche, buena carne, buena lana y el queso tan bueno que hacía mi tío Juan en Guarrinza. Ahora esto se había acabado, al menos para mí. Me iba a la guerra a que me mataran o a matar a inocentes como yo era en aquellos momentos. Años más tarde ya no sería el mismo, sería más bueno o más malo o quizás sería mas salvaje.

2. Camino al frente

De la Loma de Pinaré empecé la marcha hasta Zuriza. Fui a la fuente fría y me eché un buen trago de agua, diciéndome al mismo tiempo: “Quizás no vuelva a beber nunca más de esta fuente.” Y me dirigí hacia Ansó, pues estaba oscureciendo. Al llegar fui a casa Paulín que eran mis jefes, estuve poco rato porque eran más de las 11 de la noche. Tenía pocas ganas de comer, mi deseo era llegar a casa a reunirme con mi familia. Me despedí de todos y emprendí camino a Fago, tenía 7 km hasta llegar allí, 4 de subida y 3 de bajada, todo por una mala carretera, pero a mí me era igual yo saltaba por el monte como un gamo o una liebre. Al llegar a la Cruz de Piedra, en lo alto, iba pensando que me faltaba poco para llegar a casa y que ya tenía ganas. De pronto salió una voz entre unas matas de boj que me dijo: ¡Alto ¿quién va?” Me asusté y contesté rápido por la cuenta que me traía, pensando que en aquel momento tendría unos fusiles apuntándome. Resultaron ser los carabineros de Ansó, cuyo jefe era mi primo. Llegué a casa y mi padre ya me estaba esperando, mi madre y mis hermanos estaban en Fórcala a unas dos horas del pueblo en la recolección de la siega, mi hermana María estaba en Marín (Pontevedra) casada con el cabo de carabineros José Carreras Carbonié, uno de los hombres más buenos que hay en el mundo. Allí le cogió la sublevación. Mi hermana Marcelina estaba en Barcelona.

Como digo, mi padre me estaba esperando. Era ya muy tarde y yo estaba cansado por haber andado tanto en tan pocas horas y tenía ganas de acostarme. Me disponía a entrar en la habitación para echarme en la cama, pero veía a mi padre serio y pensativo. Le conté que me habían echado el alto los carabineros en lo alto, en la Cruz de Piedra. Mi padre me explicó, entonces, que la situación en España era muy grave y me dijo: “Tú, ahora mismo, debes salir de casa y subir a la caseta de Chenero de Lizaina a dormir allí un rato. Pronto será de día no sea que se presente aquí la guardia civil y se te lleven sin despedirte de tu madre y de tus hermanos. Antes de que amanezca me dice, cuando

salga el Lucero del Alba tú te vas hacia arriba a Fórcala con la familia y yo me iré con el burro hacia abajo, por el camino real y cuando estemos allí reunidos, ya veremos lo que hacemos, si te presentas o no, porque para morir siempre hay tiempo.”

Y continuó: “Mira, José estamos incomunicados y no sabemos nada realmente, pero sí puedo decirte que desde Fórcala, como estamos tan altos y se domina toda la Canal de Berdún, se pueden ver columnas de camiones y coches que van de Jaca a Navarra y viceversa. En Jaca no se oye más que la artillería y el tableteo de las ametralladoras y, por estas montañas no paran de pasar gente que huye de su pueblo, abandona su casa y la recolección que estaba haciendo y se marcha a Francia. La otra noche pasaron por aquí un grupo de hombres armados hacia Francia y algunos iban heridos.

Salí de casa camino a la caseta de Chenero de Lizaína que estaba en un cerro a unos 800 metros de las afueras del pueblo. Nada más llegar me eché al suelo sin nada de ropa de abajo, solo la que llevaba puesta, era verano y no hacía falta ropa. Me quedé dormido, en seguida pensando en el Lucero del Alba y pensando en él, me desperté, miré el cielo hacia el este y, en ese momento vi salir al Lucero; miré mi reloj de bolsillo, por cierto muy bueno, ¡había dormido dos horas! Bajé hacia el barranco de Ablento y en un pozo de agua me lavé la cabeza para ver si me despejaba, porque me dolía un poco, de cansancio y de pensar.

Emprendí la marcha ladera arriba a coger el cerro de Ecué y la garganta de Tartiste. Al llegar a la borda de Malcarau, ya entrando en las Navas de Fórcala, se veían muy bien los valles de Hecho, Ansó y del Roncal que quedaban más abajo. Tengo que decir que en estos valles le llamamos borda a un corral y vivienda que hay en las afueras de los pueblos. Como decía, entrando ya en Fórcala, hacía rato que el sol había salido y apretaba de lo lindo, todavía no había salido del Pinar de Escué y oí una voz que me decía: “Oiga buen hombre ¿puede decirme que valles son estos?” Le respondí: “Sí.” Me dirigí donde él estaba nos

saludamos y nos dimos los buenos días. Yo pensaba que no vendría solo y le dije que si venía alguien con él que saliera que yo también estaba como ellos. Nos quedamos mirando y exclamó: “Yo le conozco a usted. Soy de Biel.” Yo le respondí: “Soy de Fago. Soy el pastor que, cuando estaba en Arcánalo bajaba los sábados a Biel. Vosotros los mozos organizabais el baile todos los domingos y después nos íbamos a rondar por las calles a las mozas y a comer aquellas sartenes tan grandes de migas.” “Sí, es verdad” Me dijo él y llamó a sus compañeros que bajaron hasta donde nosotros estábamos. Vi que eran tres.

El amigo me dijo: “Te voy a presentar al alcalde de Biel, mi hermano y a este señor argentino.” Hechas las presentaciones me preguntaron por dónde podían pasar a Francia. Les indiqué el nombre de los tres valles que estaban viendo y nos pusimos en marcha los cinco, ladera abajo hasta la loma de Escué, hasta llegar al barranco del mismo nombre. Hicimos un alto para comer, yo no llevaba nada, pero ellos iban bien provistos con buenas alforjas de comida y vino. Mientras almorzábamos me contaron lo que les había pasado. Estaban a dos horas de Biel haciendo la recolección de la cosecha y se presentaron sus mujeres asustadas para avisarles que habían ido los requetés armados con fusiles a buscarles. Así que salieron huyendo hacia Francia por un terreno desconocido para ellos. Entonces, tuvieron la suerte de encontrarse conmigo, pues aunque estuviera el ejército desde el cabo de Rosas hasta Navarra, hubiera pasado con ellos a Francia. Les conté que me iba a encontrar con mi familia para tomar la decisión de presentarme o no al ejército sublevado. Con todo esto terminamos de almorzar y nos pusimos en marcha, ya que se hacía tarde y mi familia estaría preocupada. Tiramos barranco abajo hasta llegar al río Veral, lo cruzamos por un puente de la carretera de Ansó a Jaca y por la puerta de la casilla de Camineros. Empezamos a subir la cuesta entre los valles de Ansó y Hecho, hasta llegar a lo más alto, el pico de Forca y puerto de Estribiella. Allí les dije: “Todo lo que se ve desde aquí es España y lo que no se ve es Francia.” Tuvieron una gran alegría al escuchar mis

palabras. Dicho esto, nos dimos un buen apretón de manos y un fuerte abrazo de despedida.

Nos separamos, ellos siguieron por donde les indiqué y yo fui hacia Fórcala. Cuando llegué a la cueva eran las 4 de la tarde y ya estaban asustados pensando que me habían cogido los carabineros.

Les conté lo que me sucedió con los señores de Biel y se tranquilizaron. Mi padre me puso al corriente de lo que podía pasar a partir de ahora. Comenzó diciendo: “Mira José, tú tienes que decidir si te presentas al ejército sublevado o no. Los resortes del poder de la República no son ahora muy fuertes, pero antes de que caiga pasarán muchos meses o quizás años. Si tú te vas pueden que te maten, aunque ya sabemos que no todos los que van a la guerra mueren, pero eso es lo más probable. Además, para morir siempre hay tiempo.”

“Tú -dice mi padre- podrías quedarte por estas cuevas y montes, hacer leña, estar al tanto de las cabras, tus hermanos te subirían comida y si la cosa fuera mal para el gobierno de la República, entonces te podrías ir a Francia. Sabes que tú puedes pasar cuando quieras. Creemos que esto es lo más acertado para ti.” Mi madre y mis hermanos estaban conformes con lo que él dijo, pues ya lo habían hablado. Él continuó: “Ahora piensa y haces lo que mejor te parezca, que dices de quedarte, bien, que te presentas, bien también. Lo que tú digas aceptaremos, pero tiene que ser pronto, no sea que de un momento a otro se presente la guardia civil y se te lleve.”

Hacía unos días que mi cabeza no paraba de pensar qué haría cuando llegara la hora. De cualquier forma que lo mirara era malo para mí, mal si me iba como soldado rebelde y fascista y mal si me quedaba escondido en el monte como una fiera. Así no se podía vivir largo tiempo, pensando, además, que estaban muriendo muchos desgraciados.

Hoy a mis 67 años de edad decido escribir estos recuerdos de mi vida que jamás podré olvidar, pienso que, después de haber padecido tanto

calvario (porque fue calvario lo que pasé en las cárceles fascistas de Franco) y después de todo lo pasado, pienso si no hubiera sido mejor hacer lo que me aconsejaban mis padres, quedarme en el monte, en la cueva de Cucos de Fórcala en compañía de los jabalíes y zorros. Sí, eso hubiera sido mejor, pero ciertas cosas no se pueden hacer dos veces

Después de los consejos de mi padre les dije: “Me voy a la fuente (que no estaba muy lejos), a beber agua fresca y lavarme la cabeza. Una vez hecha esta operación, en un momento pensé echar mi suerte a cara o cruz. Cogí una moneda de 10 céntimos de mi bolsillo y la tiré al aire, al tiempo que decía, cara, me presento y cruz me quedo en el monte. Salió cara, y, a pesar de que no estaba conforme de tener que ser un soldado rebelde, la cosa ya estaba decidida para bien o para mal.

Volví con mis padres que estaban esperando mi decisión y les dije: “Padres ya está decidido, me presento.” No les dije que lo había echado a suerte. Dicho esto, me despedí de mi familia. Mi padre cogió el burro y nos pusimos en marcha hacia el pueblo; nos presentamos al secretario de ayuntamiento, que era Santiago Monreal Millán. Éste al verme me dijo: “¿Dónde vas? Llegas tres días tarde, te van a fusilar. (Esto iba en broma), en todo caso yo te acompañaré a Ansó.

Al día siguiente bajamos en una camioneta a Ansó y nos acompañó también el alcalde Santiago Puyó y tío Cuartillo que era concejal. En Ansó nos recibió un capitán de la guardia civil que había venido hacía poco a hacerse cargo de este valle, después de presentarme y explicarle la causa de mi retraso, muy amable me dijo: “¡Claro, hombre, claro! Ahora irá usted a Huesca, estará uno o dos meses aprendiendo instrucción militar y, mientras tanto, la guerra habrá terminado y usted vuelve otra vez con su rebaño.”

Ese mismo día por la tarde alrededor de las 5, Santiago Monreal y yo cogimos la camioneta cargada con unos corderos que el ayuntamiento de Ansó había donado al ejército que estaba en la guarnición de Jaca y los entregamos en el cuartel Regimiento de Infantería Galicia 19. Nos

dimos un fuerte abrazo con Santiago, deseándonos buena suerte y él volvió a Fago, y yo ya dormí aquella noche en el cuartel.

3. Frente Nacional

Bueno, ya era un soldado del ejército sublevado, un soldado de Franco. Lo que iba a pasar de aquí en adelante estaba por ver. Nos dieron ropa militar y teníamos que hacer instrucción, mañana y tarde con un calor que no se podía aguantar. Así estuve ocho o diez días nada más. Aunque no había hecho el servicio militar por excedente de cupo, la instrucción y el manejo del fusil máuser y el mosquetón, los conocía muy bien. Éramos 150 hombres, todos quintos como yo, casi todos de la provincia de Soria, veteranos no había ninguno, estaban todos en el frente. En el campo de tiro fui el quinto de 150 y el capitán me preguntó: “¿Cómo es Barcos, que el primer día que coge el fusil es uno de los mejores?.” Respondí: “Me he criado entre la guardia civil y los carabineros de frontera, ellos me enseñaron las dos cosas. El caso es que me pusieron de instructor en la compañía, aunque duró pocos días, porque el asunto de la defensa de la capital era grave y a los quintos no les daba tiempo de aprender el manejo de las armas, se los llevaban en pelotones a los frentes.

Una mañana de aquel verano alrededor de las doce, en los cuarteles de Jaca, (allí había habido una estatua muy alta de los mártires, Fermín Galán y García Hernández, ahora derribada por los oficiales de la Falange), y estando en un momento de descanso, tocaron un pito y dieron la orden de formar a tres y rápido. Era un sargento que no conocíamos de voz recia, empezó a contar por detrás de tres en tres hasta unos treinta reclutas y les dijo que fueran a la compañía y a los demás que rompieran filas. El caso es que aquellos quintos se los llevaron al frente del pueblo de Siétamo (Huesca) que era donde los combates eran más duros, los liquidaron a todos el primer día de combate. Al día siguiente hicieron la misma operación, pero esta vez por la cabeza de la formación y se llevaron a cuarenta hombres por la carretera de Barbastro y ya no supimos más de ellos.

Los pocos quintos que quedábamos estábamos para hacer la limpieza, cocinar y las guardias en el cuartel. Otra tarde alrededor de las tres, volvieron a formar y se llevaron a quince hombres. A mí tampoco me tocó ir con ellos. Les dieron un fusil a cada uno y se los llevaron al picadero a fusilar a un cabo y un soldado.

Al día siguiente ya formados nos echó un discurso un teniente coronel: “Ayer un cabo y un soldado de Cataluña desertaron y se pasaron al enemigo, nuestras tropas los cogieron y como ejemplo fueron fusilados allí en aquella pared.” Efectivamente en aquella pared quedaron los sesos y la sangre que les habían saltado por los balazos a aquellos dos desgraciados. El fusilamiento sentó muy mal a toda la tropa. Si en aquel picadero alguien grita “¡Viva la República!, ¡A por ellos!”, no sé lo que hubiera pasado, el ambiente estaba a favor de la República.

Recuerdo que, una noche muy clara escuchábamos gritos procedentes del Carrascal de Vicien y de Prevedo, lugares que yo conocía bien por haber estado con el ganado; un oficial me dijo: “Barcos escuchemos lo que dicen.” “¡Viva la República!, adelante con la metralleta, a tomar café a Huesca!” Cada vez se escuchaba mejor. Al poco, empezó el tiroteo, yo mismo tiré 150 tiros, tres cargadores con mi mosquetón. Un corneta tocó el alto el fuego al escuchar unas voces que gritaban ¡alto el fuego, somos del Regimiento Galicia 19 de Jaca! Era una compañía nuestra que venía huyendo del Carrascal de Vicien y Prevedo. Las tropas republicanas les perseguían de cerca. En esta compañía eran todos veteranos, se alinearon con nosotros y la tropa se animó un poco más. A medida que avanzaba la noche, la artillería republicana se fue calmando.

Pero, aquella calma nos fue poco favorable, porque al día siguiente mientras nosotros esperábamos que el enemigo viniera para rechazarlo, los republicanos avanzaron y tomaron el carrascal de Vicien y Prevedo. Cortaron la carretera de Huesca a Zaragoza, tomaron el cementerio nuevo de Huesca, donde estaban enterrados los héroes de Jaca y

llegaron a las montañas de Almudévar, a las puertas de Alcalá de Gurrea, de Galloga y Lupiñen, cogiendo los castillos de Prevedo San Luis alto y bajo, Orús y Torresecas y los pueblos de Cuarte, Huerrios, Banariés y Alerre cortando el ferrocarril de Huesca con Ayerbe, quedando la ciudad de Huesca cercada completamente. Días más tarde nuestras tropas tomaron Banastás y Chimillas.

En aquellos días de 1936 fuimos destinados a Chimillas que había sido escenario de duros combates y había caído en poder de los dos bandos más de una vez. En Chimillas nuestras tropas eran militares, no había milicia de Falange, el pueblo estaba destrozado. Al entrar nuestras tropas cogieron algunos prisioneros y nos contó un soldado, que vimos en la plaza del pueblo al bajar de los camiones, que un oficial nuestro obligaba a un oficial de la guardia de asalto republicano que dijera ¡Arriba España! y él contestaba ¡Viva la Republica! Lo arrastraron por toda la plaza atado por los pies y dándole culotazos con el fusil, sangraba por todas partes y así murió. Yo comprendí que aquello que nos contaba el cabo era verdad ya que otros soldados también lo presenciaron, me daba pena esa forma de proceder. Al fin y al cabo era un oficial leal al gobierno de la República y los rebeldes éramos nosotros.

Comenzó también el asedio a la ciudad de Huesca por las tropas Republicanas. Desde el inicio de la sublevación los nacionales la habían tomado, pero los pueblos todavía eran terreno republicano. En Montearagón, había un castillo que estaba casi derruido, pero era un sitio estratégico para la defensa de Huesca; unidades de los nacionales se habían hecho fuertes ahí pero después de unos 20 días de duros combates, les faltaba el agua y los víveres y quedaron sitiadas. Estuvieron así hasta que recibieron ayuda de los requetés de la bandera de Sanjurjo y moros, pero tuvieron que retirarse ya que los republicanos les causaron muchas bajas y volvieron a quedarse aislados otra vez. La artillería Nacional de Huesca también causó muertos en sus propios soldados y fusilaron a dos tenientes de artillería.

Los sitiados se comunicaban con Huesca a través de un sistema de luces. Un día nos hicieron saber que esa noche y aprovechando la oscuridad que habría, tenían la orden de cruzar las líneas republicanas como pudieran e intentarían llegar a Huesca.

Aquella fue una noche de gritos, bombas de mano y tiros. No tenían otra forma los sitiados de salir de allí. Los que sobrevivieron fueron todos al hospital, daba pena verlos. Estuvieron unos 30 días comiendo remolachas y hierbas y el agua la tenían racionada porque ir al río a buscarla era arriesgado ya que las trincheras republicanas estaban muy cerca. La comida que les tiraban por el aire casi siempre caía entre las dos líneas y las cogían los republicanos.

El 13 de octubre de 1936, recuerdo y no creo que lo olvide jamás, tuve la vida en un hilo por la borrachera de un oficial. Estaba limpiando mi mosquetón dentro de la choza de sacos terreros y escuché una voz de borracho en la puerta que decía: “¿Quién anda ahí? Creyendo que era alguien de mi compañía, respondí: “Pues, pues quien va a ser, yo.” Él me dijo: “Salga usted aquí fuera, ¡qué forma es esta de contestar a un oficial!” Al salir vi a un teniente que sacando la pistola y apuntándome me gritó: “Le voy a levantar la tapa de los sesos.” Yo, asustado, me puse firme y pidiéndole perdón me disculpé diciéndole que no sabía quién era. Él seguía apuntándome y cuando se cansó de decirme palabras injuriosas, bajó su pistola, la enfundó y se fue.

Caí casi desmayado y me senté. Si me pinchan seguro que no me sacan sangre. Esto lo presenciaron unos 40 hombres, que me dijeron “Barcos ya puede decir que ha nacido hoy.” Dije: “Sí, eso creo yo también, me he visto con todo un cargador en mi cabeza.” De un hombre borracho que no se podía aguantar de pie, apuntándome no podía esperar otra cosa.

Un mes más tarde nos llegó el relevo y me encontré con un sargento que era de mi pueblo Enrique Carreras de casa Marcancio. Su padre también pertenecía al cuerpo de carabineros y él había ingresado a los

18 años como voluntario en la ciudad de Jaca, en el periodo de la Segunda República, o sea dos años antes de la sublevación del general Franco.

Antes de partir hacia el nuevo destino, un sargento que presencié la escena del oficial borracho me dijo que había ido a ver al capitán y le contó el caso. Éste cogió el teléfono y no sé con quién hablaría, pero ese oficial fue relevado. Por eso no lo encontré días después del suceso. Tenía ganas de patearle las tripas. Entonces yo tenía 23 años y mucha fuerza, para que hombres así, con estrellas o no, se burlaran de mí.

Subimos a los camiones y llegamos pronto a la Loma sur de Cillas, éramos unos 40 hombres y nos pusieron a disposición del Capitán Colmenero. Pasó revista uno a uno y nos iba haciendo algunas preguntas, aunque no a todos. A mí me interrogó el primero, eso que estaba en medio de la fila, me debió ver el más tonto, no podía ser de otra forma. Me preguntó de donde era y cuánto tiempo llevaba en el servicio, y me mandó que me pusiera los galones de sargento. Yo le dije que no, que tenía poca capacidad para ello y además no era partidario de ello.

El capitán Colmenero tenía unos 50 años y era un hombre serio formal y poco hablador, andaba un poco cojo y con un bastón. También había un teniente que era maestro nacional, muy buena persona y un Alférez que era abogado de Santiago de Compostela, a este no lo podía ver nadie. Le pegaron un tiro en una pierna y cuando se lo llevaban al hospital, no se escuchaba más que decir a los soldados que tenía que haber sido en la cabeza, así no lo tendríamos de regreso en unos días.

La posición nuestra en la Loma sur de Cillas era muy comprometida, por una parte estábamos a 60 metros de las trincheras rojas y a unos km de los pueblos de Huerrios, Banastás y Banariés. Teníamos que estar como los topos en unas zanjás de dos metros de altura, los heridos que había, todos eran de cintura para arriba. Los Republicanos tenían algunos fusiles del tipo Manchester, muy viejos, pero cuando

disparaban atravesaban los sacos de arena, cosa que con el fusil Mauser y el Mosquetón, no ocurría. Estando un día en el nido de ametralladoras y viendo como jugaban al 7 y medio algunos soldados, entró una bala por el mismo agujero que tenía la ametralladora para apuntar y disparar, justo dio en el peine que estaba puesto siempre a punto de disparar y de rebote hirió a un soldado.

Cierto día se presentó un enlace del capitán de la compañía diciéndome que el capitán quería verme. Me presenté y le dije: “A las órdenes mi capitán.” Él me ordenó: “Hágase cargo del pelotón que me hace de escolta y del servicio diario y, cuando haya terminado, venga que le daré instrucciones de lo que tiene que hacer.”

Lo primero que hice es llamar a los tres cabos del pelotón, porque nadie mejor que ellos para ponerme al corriente de las cosas que venían haciendo y como. Me dieron una lista del personal a su cargo y me explicaron la forma que hacían la guardia y las novedades que transmitían al capitán. Comprendí en seguida que todo era más fácil y menos peligroso que lo que venía haciendo en la vanguardia.

Fui a ver al capitán, que estaba en la parte de atrás de la loma en un refugio dentro de tierra. Me puso al corriente de las cosas y de cómo las quería. Por las noches tenía que darle la novedad cada hora, según la actividad militar que hubiera y, además, quería saber lo que pasaba en todos los frentes de Huesca y alrededores. Así pues, tenía que recorrer todo el sector que ocupaba la compañía, tanto en la vanguardia, como en la retaguardia y darle las novedades con arreglo a lo que él me había ordenado.

De vez en cuando tenía la ventaja de que por el día podía ir a Huesca, pidiéndole permiso, claro y volviendo pronto. En el cuartel de la guardia civil tenía un primo hermano, Casimiro y de vez en cuando iba a verlo

Una mañana cuando ya apuntaba el sol, en el sector de Lierta, las fuerzas republicanas nos sorprendieron con un golpe de mano y un rápido asalto, tomando el pueblo y las posiciones estratégicas de sus alrededores, cogieron a las tropas nacionales más de 150 hombres y unos 80 mulos. Cuando llegaron refuerzos de Huesca, ya se había perdido todo.

Como digo, el asalto empezó al tiempo que salía el sol, cosa un poco rara, porque por regla general suelen hacerse, antes o al amanecer. Empezó con un rápido y fuerte cañoneo de artillería y mortero, que duró una media hora y, a continuación, vino el asalto por la retaguardia, por donde menos lo esperaban. No dejaron escapar a nadie. Se reconoció que fue un asalto bien organizado y se acusó a las fuerzas internacionales de ello.

Me comentó mi primo Casimiro, días más tarde en el cuartel de la Guardia Civil que, cuando llegaron allí nada pudieron hacer, lo habían cogido todo. Se habían infiltrado por la noche y estuvieron agazapados sobre el terreno hasta que cesó el bombardeo. Cuando hicieron el asalto cogieron una pieza de artillería que la llamaban El Perico, que estaba bajo las órdenes de un cura. Si nos descuidamos un poco casi nos echan el cerco a nosotros. Pero, tuvieron algunas bajas.

Cierta noche que no pude dormir de tanto dolor de muelas que tenía, le pedí al capitán Colmenero permiso para ir a Huesca a sacarme las dos muelas de una vez. Él pensaba que él dentista no me las sacarían porque había flemón, pero ante mi insistencia y que estaba desesperado, me dejó marchar. Era el mes de Diciembre de 1936, no se a cuantos grados bajo cero estaríamos, el caso es que yo iba helado de frío, con la boca y la cabeza tapada, camino a Huesca, no había más que 2 km.

Al llegar al Coso Alto vi que entraba desfilando un batallón del tercio de Sanjurjo con la bayoneta calada y en la punta de la bayoneta un legionario llevaba las orejas de un prisionero que habían hecho en el ataque al pueblo de Huerrios, donde fueron rechazados y tuvieron

muchas bajas. Iban desfilando diciendo: “Un, dos, tres, las orejas de un rojo es.”

Esto es lo que hacían los Nacionales del Movimiento Salvador de España con los curas a la cabeza que se decían los buenos, y ¡los Rojos eran los malos y salvajes!

Continué mi marcha hasta llegar a la casa del famoso dentista Dr Juambblas, que era de Ansó. No estaba y tuve que ir al Dr Pellicer. El fue el que me las sacó, una entera y la otra en dos trozos. Cuando volví al puesto ya estaban enterados en la compañía del fracaso del ataque de la legión al pueblo de Huerrios, del palo que les dieron. Oí la conversación que tuvieron un grupo de oficiales, decían que la guerra iba a ser larga hasta llegar a Cataluña, pero en el momento que pisaran tierra catalana no había que dejar nada en pie, arrasarlo todo “¡Estos catalanes son los culpables de esta guerra!

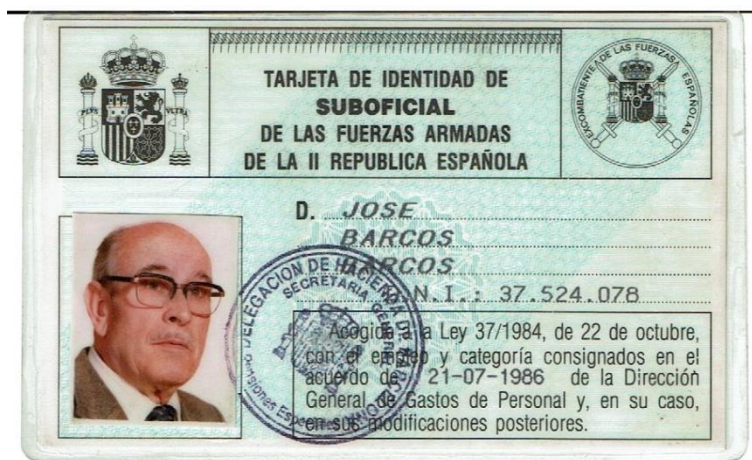
Yo no pensaba igual, si no, todo lo contrario, para mí los culpables eran los militares fascistas y los curas, porque en las iglesias y sacristías se fraguaron las conspiraciones contra la República democrática española elegida por el pueblo por sufragio universal.

Fue la iglesia la verdadera culpable de la guerra civil española, de las muertes, de las atrocidades, de los crímenes cometidos en las prisiones, de los campos de concentración y de los trabajos forzados después de acabar la guerra. Más de 1 millón de asesinatos se cometieron en España, eso lo saben hasta los gatos. Luego vino la II Guerra Mundial ¿Y que hizo la iglesia? Pegarle fuego a la mecha que habían puesto Hitler y Mussolini.

Cataluña en aquella época de 1936 estaba a la altura de cualquier país europeo, en cultura, industria, artes, deporte. Adelantaba en muchos años al resto de España.

Vuelvo a la Loma sur de Cillas a montar la guardia, recorrer las trincheras y los parapetos, dar la consigna a los centinelas y las novedades al Capitán Colmenero, en la forma que él ordenaba cada noche.

Recuerdo que cuando me llamarón a filas, me presenté tres días tarde y el secretario de Fago, Santiago Monreal, me dijo en broma, “Te van a fusilar”, y me acompañó al cuartel de Ansó. Recuerdo que le dije: “El día que vaya al frente, a la que pueda me paso de bando.” Así era mi opinión, pero ya llevaba cinco meses y no lo había hecho, teniendo tantas oportunidades como había tenido, pues me encontraba bien con el Capitán Colmenero y así pensé en seguir en lo sucesivo.



Reconocimiento de grado durante la guerra civil

4. Frente de la Zona Republicana

En el pueblo se dijo pronto que me había pasado a los rojos y, si eso dije el primer día que me vi en la zona Republicana, no iba a decir lo contrario para que me fusilaran.

La realidad de los hechos es como sigue, la crean o no los fascistas. Al término de la guerra yo siempre les dije la verdad, pero a los oficiales de Falange no les intereso mi verdad.

En el invierno es muy frecuente ponerse la niebla en la ribera de Huesca, en esa llanura tan hermosa que hay alrededor de la capital, tan pegada a la tierra y tan espesa, que durante el día no podías ver a más de 25 metros de distancia y por muy conocedor que seas del terreno es fácil perderse y, si es por la noche, mucho peor.

Esto es lo que me pasó, lo crean o no. No sé si fue suerte o desgracia, pero en cualquiera de los dos casos, es que conseguí sobrevivir a una guerra, aunque a veces, no sé qué hubiera sido mejor. La verdad es que lo puedo decir bien alto, que se entere todo el mundo, tanto en los frentes de batalla que estuve, como en los campos de concentración, cárceles y tantas malas vicisitudes como he pasado, he tenido mucha suerte de salir con vida.

Esta es la verdad de lo que me sucedió. Una noche de niebla en la Loma sur de Cillas (Huesca) siendo yo sargento del ejército de nacional de Franco y escolta del capitán Colmenero, recorriendo las avanzadillas de una punta a otra, como tantas veces lo había hecho antes, me perdí y fui a parar a los parapetos Republicanos. Cuando oí una voz que me decía: “Alto, ¿quién va?” Supe que aquella voz no era como las que yo estaba acostumbrado a oír tantas otras veces. Pero, era tarde para huir, sabía que me estaban apuntando a bocajarro, como se solía decir y, así era, había dos hombres apuntándome que me llevaron al puesto de mando. Estuvieron a punto de fusilarme muy cerca de un olivar que había a unos 60 metros de una trinchera a otra. Si aquella noche hubiera habido disparos entre esas trincheras, no me escapó del fusilamiento. Pensaron que era alguien que se pasaba para entretenerles, para darles un golpe de mano y apoderarse de esa posición.

Años más tarde comparecí en Huesca ante un juez de mi regimiento que me acusó de desertor. Esto, si no recuerdo mal, en el artículo 138 del código de justicia militar, significaba pena de muerte, porque el Ejército Popular de la República, me ascendió a sargento, a la misma graduación que tenía en el ejército de Franco.

Dos palabras nada más, eran la salvación o la muerte de una persona indefensa y cargada de razones. Desertor o Prisionero, tenía que ser desertor, porque los oficiales de Falange lo querían así, con razón o sin ella. Sin embargo los oficiales profesionales del ejército lo veían de otra forma y estaban a mi favor, pero ellos no pintaban mucho entonces en

el ejército y no pudieron hacer nada. No había contra mí pruebas ni denuncias, si no buenos informes tanto de la zona nacional como de la republicana. Pero había otra forma de matarme y era tenerme 36 meses en la cárcel. Si no fue así, es por ser yo una persona de moral y naturaleza fuerte.

Vuelvo a la noche que caí prisionero. Salvado ya de aquellas dos horas de sospechas, de mareos con las preguntas que venían de todas partes como si fueran cañonazos, con miradas y cuchicheos que hacían entre ellos, mirando los galones de mi guerrera que iban en las bocamangas, decían entre ellos: “Este es un fascista, más valdría que le pegásemos cuatro tiros en ese olivar.” Yo les rogaba que se informaran antes con la gente de mi pueblo que estaba con ellos. Por fin pude salir de aquella situación tan grave. Pasé mucho miedo, pero el caso, es que salí vivo de la guerra, que era lo principal.

Me pusieron en un coche y me llevaron al pueblo de Huerrios, donde permanecí solo media hora. Luego me trasladaron al Castillo de San Luis Bajo, donde estaba el estado mayor de las tropas que mandaba todo ese frente. Al llegar a la carretera general de Huesca a Zaragoza y coger el empalme para ir al castillo, me mareé mucho. Era la primera vez que me ocurría.

Una vez en el castillo me quitaron el uniforme que llevaba del ejército nacional y me dieron ropa de miliciano. Y aquí fue donde me libré de la cárcel en zona roja, pues me encontré con un pastor de mi pueblo, de Casa Chaime, que estaba guardando un rebaño de corderos de los carniceros de Huesca. A este pastor le preguntaron quién era yo y, a partir de aquel momento, quedé en libertad y pasé a ser un miliciano más como ellos.

Para mí fue una gran suerte encontrarme con este pastor que me salvó. Se llamaba Manuel Mendiara. Al día siguiente nos dieron café con leche y junto a los corderos de aquel pastor y del autocar que nos llevó a Barbastro, nos hicieron fotografías para la prensa de Barcelona.

Alrededor de las 5 de la tarde del día 17 de Enero de 1937, llegué a Barbastro. Al día siguiente por la mañana, en compañía de unos treinta compañeros más, nos llevaron a Sariñena, que era donde estaba el Cuartel General de Aviación y todo el frente de Huesca.

Estuve allí tres días. Me mandaron a las oficinas para que firmarse unos papeles y al mismo tiempo me dijeron que tenía que hacerme responsable de todo el grupo hasta llegar a Barcelona y presentarnos en Capitanía General. Me preguntaron si había estado en Barcelona alguna vez, les dije que no. Me contestaron que ya me las arreglaría como pudiera. “Mañana sale un tren a las 5 de la mañana de la estación de Sariñena, que los llevará a Barcelona, no debe faltar nadie a esa hora en la estación.” Dirigiéndose a un militar, le dijo: “Cúidese usted de acompañarlos hasta la estación. Ahora vayan a dormir y usted encárguese de llamarlos.”

Yo no sabía nada de toda aquella gente que iba conmigo, pero a mi entender, eran todos pasados del Ejército Nacional. Había del ejército como yo, pero la mayoría venían de Falange, según ellos.

En la oficina me dieron la documentación de todos. Más de una vez me pregunté: “¿por qué me hicieron a mí responsable de ese grupo, habiendo personas más capacitadas?” Pero, el caso es que fue así.

Cogimos el tren a las cinco de la mañana. Era todavía de noche, llegamos a Lérida a las dos de la tarde y hasta las cuatro no salía el tren hacia Barcelona, por lo tanto tuvimos que comer allí, hasta esa hora nos dedicamos a ver un poco la ciudad. Subimos al castillo y, antes de llegar a la parte más alta, unos militares que estaban de guardia nos hicieron gestos con la mano indicándonos que no podíamos pasar; así que regresamos, al tiempo que pensamos que teníamos que comer algo y nos fuimos a los comedores populares. Entramos, no nos pusieron ningún impedimento para que comiéramos, comimos bien y quedamos satisfechos.

Uno de los que iba con nosotros y tenía que presentar yo en Barcelona, subió encima de una mesa y echó un discurso que nos quedamos todos asombrados. Recuerdo que entre otras cosas dijo: “Ciudadanos y compañeros, todos nosotros venimos de la zona fascista de Franco. Allí la propaganda que hacen es que en la zona roja dicen los niños se mueren de hambre, está el comunismo libertario que permite el saqueo y el robo de los comercios, asesinan a las gentes honradas y violan a las mujeres. Veo que todo eso es mentira, es todo lo contrario.” Así habló por espacio de una media hora y fue muy aplaudido por todos. Resultó ser maestro nacional.

Llegamos a Barcelona a las 10 de la noche y nos dirigimos al Hotel Oriente (estaba completo) nos mandaron al Hotel Ritz. Al llegar y ver a un grupo de milicianos, ya era un poco tarde, se asustaron un poco. Pero pasó pronto, cuando un empleado del Hotel se adelantó hacía mí, nos dimos un fuerte abrazo, todos se quedaron sorprendidos. Aquel empleado era ni más ni menos que el Sr Alcalde de Biel (Zaragoza) en las Cinco Villas durante la República y tuvo que salir huyendo por los montes a Francia. Les dijo a los funcionarios del hotel y a los que venían conmigo, que yo era el que les llevó camino a Francia , y eso les salvó la vida a él y a tres compañeros más.

Los cuatro hombres que llevé a Francia fueron: uno, el mejor cazador de las Cinco Villas, su hermano, el alcalde y un americano, que fue el que me dijo: “Joven escucha lo que te digo, las montañas no se juntan, pero las personas si, ¡quién sabe si algún día nos volveremos a ver!

Al decirnos que podíamos dormir allí, hice saber a todos que al día siguiente, el punto de reunión sería a las 9 de la mañana en la fuente de Canaletas, en las Ramblas y desde allí iríamos a Capitanía General. Después cada uno nos retiramos a descansar, haciéndonos saber un empleado que dos de nosotros teníamos que dormir juntos en una cama de matrimonio. Me tocó a mí, junto con un joven asturiano, militar como yo.

Aquella noche descansamos poco. Pasaba una hora y otra y no podíamos coger el sueño. Tuvimos que echar el colchón al suelo, de esa forma conseguimos quedarnos dormidos. La razón era que hacía meses que no dormíamos desnudos en una cama, dormíamos en el suelo, vestidos y, a ratos, sin mantas, siempre con el fusil, cartucheras y bombas de mano, sin poder cambiarnos de ropa, mojados y, de golpe, te pones a dormir en una cama tan buena, demasiado buena... ¡Cómo te ibas a dormir, si te hundías!

Al día siguiente, al reunirnos la mayoría en el vestíbulo del hotel, faltaban algunos que ya se habían marchado y otros que al parecer ni se acostaron, se fueron de juerga. Los empleados nos sirvieron el desayuno y yo me despedí del sr alcalde de Biel con un fuerte abrazo. Me dijo que allí tenía a un amigo para lo que hiciera falta. Nos marchamos camino a Canaletas, para reunirnos con el resto e ir hacía Capitanía General que era final del trayecto y, así yo podría desentenderme de ellos.

A partir de esa fecha, iba a comenzar una nueva vida para todos nosotros, muy distinta a la que habíamos llevado hasta ese momento.”¿Cuál iba ser la suerte de cada uno?” Me preguntaba yo. Estábamos en guerra y poco de bueno se podía esperar.

Cuando llegamos a Canaletas, ya estaban allí los que se habían ido de juerga la noche anterior. Pasé lista y no faltaba nadie. Nos encaminamos Ramblas abajo hasta llegar a Capitanía. Eran las 10 de la mañana del 22 de Enero de 1937.

Al llegar a la puerta, había unos soldados de guardia y uno de ellos nos acompañó a mí y a dos más al despacho del capitán. Le entregamos la documentación de todos nosotros, tal como me la dieron en Sariñena.

La cosa fue rápida para todos, menos para mí y el asturiano. A los 10 minutos salió un cabo del despacho con una lista y empezó a leer nombres. Los repartieron entre dos cuarteles, el de Espartaco y a otro

cuyo nombre no recuerdo. Ustedes dos, señalando al asturiano y a mí, esperen un poco. Minutos más tarde nos hicieron pasar al despacho y nos pusieron delante un mapa de los frentes de Huesca encima de la mesa, y me dijeron: “Díganos en el plano la situación de los frentes de uno y otro bando.”

Efectivamente, yo les señalé donde se encontraban las fuerzas de uno y otro. Además sabía cómo se llamaban las posiciones, lomas, carreteras, ermitas, carrascales, sierras, ríos de todo el cerco de Huesca. Y lo sabía porque había estado en los pastos con el ganado cabrío y lanar. Me dijeron que volviera al día siguiente al mismo despacho a las 10 de la mañana y que les señalara los puntos débiles de los nacionales y puntos clave de la ciudad de Huesca. Así estuve unos 8 días, yendo cada mañana a las 10 y a la tarde a las 4.

Por fin me destinaron al cuartel de Lenin, en la calle Tarragona y al Tercer Regimiento de Infantería, aunque el cuartel era de Caballería.

Me dieron tres opciones a elegir: quedarme a trabajar en Barcelona, voluntario en las milicias o voluntario en el ejército. Elegí este último, creo que era lo más acertado, ya que pronto iban a empezar a llamar a quintas forzosas para la formación de un nuevo ejército que se iba a llamar Ejército Popular Regular de la República Española.

Dejaba de ser soldado del ejército nacional de Franco y pasaba a formar en el ejército de la República, dos ejércitos muy distintos. El ejército nacional de Franco estaba formado por extranjeros, había divisiones de Italia, Alemania y de África, que estaban al servicio de la burguesía fascista y de la iglesia, pues la mayoría de oficiales eran curas. Yo era ya veterano en los frentes de combate, hasta que un día involuntariamente tuve que dejarlo. Ahora pasaba a formar en el nuevo Ejército de la República, al servicio del pueblo y de los trabajadores. Estuve muy orgulloso de pertenecer a él.

Como soldado ingresé en el Cuartel de Lenin. Ahí estuve alrededor de un mes, había pocas fuerzas, ya que estaban todos en los frentes.

Había un partido político que era el POUM (Partido Obrero Unificación Marxista). Ellos estaban alojados en los pabellones de caballería y llevaban el control del cuartel. Nosotros estábamos arriba en los pabellones de los soldados y del Tercer Regimiento.

Los del P.O.U.M. tenían una banda de música muy buena que salía dos veces a la semana a las calles de Barcelona, con el fin de hacer propaganda y reclutar gente para su partido, donde los instruían unos días y los mandaban a los frentes.

Los mandos de este partido conocedores de que yo procedía del Ejército Nacional con el grado de sargento, me ofrecieron entrar en su partido y si lo hacía me ascenderían a teniente. Me insistieron varias veces, pero no acepté. No me interesaba, ese partido era enemigo de la Rusia Soviética y había hecho mucho daño Trotsky, después de la Revolución en los años 1917-22, quería volver a los tiempos de los zares en Rusia.

Sí, ingresé en un partido dos meses más tarde, pero fue en el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). A él pertenecí y luché hasta la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga. Después de una discusión con uno de la dirección, me aparté del partido, aunque seguí ayudándoles durante un largo tiempo.

El tiempo que estuve en el Cuartel de Lenin, lo dediqué a conocer bien la ciudad y a visitar a algunos familiares, a gente de mi pueblo y a mi hermana Marcelina. Un mes se pasó pronto y ya en Febrero de 1937 fui llamado al Cuartel de Pi y Maragall, para la formación del Batallón Alcántara 14. Este cuartel era un convento e iglesia que había en Rambla de Cataluña, esquina Rosellón. Formado ya este batallón con los primeros quintos que el Gobierno había llamado, quedó de guarnición en plaza. Estando en este cuartel fue cuando ingresé en el

PSUC, cuya sede estaba en el Paseo de Gracia, en La Pedrera, ahí conocí y hablé muchas veces con el camarada Comorera, que fue un buen jefe y fiel al partido.

El teniente coronel Pablo Galofre fue el jefe del batallón Alcántara 14 que, una vez formado, pasó a hacer los servicios de guardia en Barcelona, en todos los centros oficiales durante el periodo de un año, después fue disuelto y destinado al cuadro eventual del ejército de Levante. En este cuartel me ascendieron a sargento, mediante un examen que me hizo este teniente coronel.

En Aragón y Cataluña reinaba la anarquía y eso no podía seguir así. Las masas revolucionarias de la CNT y los del POUM no obedecían al gobierno de la República, único representante legal. Esto dio lugar a que, el día 6 de Mayo de 1937, estallara la revolución en Barcelona.

La cosa empezó así. Subía yo solo a las 5 de la tarde del día 6 de Mayo por la Rambla Cataluña hacia el cuartel de Pi y Maragall y ya había cruzado la Gran Vía, cuando me encontré con dos soldados que estaban en el mismo cuartel. Venían de Zaragoza y se habían pasado a los republicanos y tenían que presentarse en Capitanía General. Me pidieron que les acompañara ya que ellos no sabían ir. Cruzamos otra vez la Gran Vía y entramos en Plaza Cataluña, cuando vimos que las fuerzas de la guardia de asalto corrían hacia la puerta de la Telefónica y dispararon tres o cuatro tiros. Yo les dije: “Volvamos hacia el cuartel que la cosa se pone fea.” Aquella noche ya no se pudo dormir en Barcelona, por todas partes se escuchaban tiros, bombas y sirenas de bomberos.

Nosotros permanecimos seis días acuartelados en espera de órdenes para salir. Más de noche fuimos atacados por los del POUM. Los troskistas que estaban en el cuartel de Lenin, los mismos que me querían hacer oficial, querían asaltar el cuartel, pero no lo consiguieron.

Una mañana de estas, un teniente y dos sargentos (uno de ellos, yo) salimos hacia la sede del partido que teníamos en La Pedrera a buscar bombas de mano para la defensa de nuestro cuartel, allí conocí por primera vez y le estreché la mano al camarada Comorera.

El gobierno de la República tenía en Cataluña y Aragón un problema con la anarquía, por lo tanto tenía que hacerse a toda costa con todos los centros oficiales de Barcelona y Caspe en Aragón, donde estaba la llamada Junta de Gobierno de Aragón. Así pues, el gobierno mandó a Barcelona guardias y carabineros y junto a los militares que había en Barcelona, tomaron todos los centros oficiales y lo mismo ocurrió en Caspe.

En la retaguardia de la zona republicana, había una lucha más fuerte que en los frentes de batalla, que ya de por sí era dura. En algunos puntos tenían que luchar con divisiones enteras de Alemania, Italia y Marruecos, con los moros, que había más que españoles y se dedicaban al pillaje y saqueo, en busca de joyas de oro y plata, violaban a mujeres y las mataban si se resistían. Los fascistas de Franco cometieron las mayores atrocidades y fusilamientos individuales y en masa, cosa que el ejército republicano no hizo.

El mes de Marzo de 1937, comenzó el gobierno a llamar a quintas para la creación del nuevo Ejército Regular Popular. La primera expedición que se hizo, me tocó a mí llevar a 200 reclutas al Castillo de Figueras (Gerona) a los centros militares de gobierno, fue un viaje bueno y alegre. Otra vez me tocó llevar a 190 reclutas a Alcañiz (Teruel) aquí ya no me fue tan bien como en Figueras, tuvimos que salir corriendo hacia Barcelona. Al mando de ese grupo íbamos dos sargentos y un teniente.

Llegamos a la estación de Alcañiz y nos estaban esperando allí un capitán y varios soldados, pasamos lista y se hicieron cargo del grupo ellos. Tenían el cuartel en el Castillo de Alcañiz, además había unos 12.000 milicianos que campaban por la ciudad. Terminada nuestra

misión, el capitán nos dijo: “¿Qué van a hacer ustedes ahora?” Eran las dos de la madrugada y hasta las cuatro de la tarde no salía otro tren hacia Barcelona y queríamos comer algo. El capitán nos aconsejó que no entráramos en Alcañiz con los uniformes que llevábamos, porque si nos veían los milicianos, se podría liar una gorda. El teniente se conformó con lo que dijo el capitán y no quiso ir a comer, pero el resto de soldados, el sargento Picot y yo, que ya nos habíamos jugado la vida en más de una ocasión, decidimos ir a Alcañiz a comer.

Entramos en Alcañiz, buscando los comedores populares y, efectivamente, todo eran corrillos que nos miraban y murmuraban. Llegamos a una plaza que estaba llena de las fuerzas de las milicias. Todos nos miraban de mala manera, mujeres y niños salían a las puertas y se asomaban a los balcones para vernos, al tiempo que nos decían, “Mirad, los fascistas enchufados de la retaguardia, ya están aquí.” Nosotros no hacíamos caso y seguíamos recorriendo las calles del pueblo. Preguntamos dónde estaban los comedores populares y nos lo dijeron. Entramos y ocupamos cinco o seis mesas grandes para toda la sección. Era una sala muy grande y llena de milicianos, unos comiendo y otros que entraban y salían cuchicheando mirando hacia nosotros. Cada vez que el tiempo pasaba, la cosa se agravaba más y se empezamos a oír la posibilidad de pegarnos cuatro tiros. Pensamos que en cualquier momento nos podían acorralar, pues nosotros éramos cuarenta y ellos muchos más de cien.

Como habíamos comido “sin impedimento”, salimos pitando hacia la estación y pudimos coger el tren hacia Barcelona, no sin antes pasar y echar un trago en la fuente de los setenta y dos chorros que caen en un abrevadero para las bestias.

Por fin, llegamos a Barcelona. El sargento Picot era muy aficionado a salir a dar una vuelta por la ciudad, lo malo es que no le gustaba ir solo y me arrastraba a mí y rara era la noche que no teníamos un percance u otro. Si te quedabas en el cuartel rara era también la noche que no

teníamos que correr al refugio, porque sonaban las sirenas de alarma ya que la aviación enemiga venía a bombardearnos.

Una noche íbamos por la calle Unión y desde una ventana nos tiraron una bomba de mano, pero no estalló, porque no tenía el seguro quitado, eso nos salvó. En el frente de Huesca, una de las veces en un combate entre trincheras, devolví una, era de piña, cayó a mi lado, la recogí y la lancé rápidamente hacia fuera.

Otra noche desde un balcón o tejado nos dispararon un tiro, que le dio al sargento Picot en la muñeca. Con entrada y salida de la bala, tuvo mucha suerte, lo curaron en un dispensario cercano.

Otra noche saliendo del cine Ramblas, sobre la una de la madrugada y mezclados entre el resto de gente, se produjo un tiroteo. Nosotros íbamos vestidos de uniforme y subimos Ramblas arriba, tuvimos suerte o, simplemente, no nos quisieron matar.

La aviación Italiana se encargaba muchas noches de que no pudiéramos dormir tranquilos. Bombardeaban Barcelona lanzando bombas a capazos, cayeran donde cayeran. Luego los partes de guerra nacionales decían “Los objetivos militares señalados por el alto mando sobre Barcelona, fueron cumplidos .”

Eran aviones marca Saboya Italianos, descargaron sobre la Barceloneta y se dieron media vuelta para regresar a Mallorca, su base. Luego dijo la radio: “Misión cumplida las fábricas de guerra han si bombardeadas.” Pero nada de eso, habían matado a sesenta y tres niños y a su profesora en un colegio de la Barceloneta. Casos así, serían interminables de contar.

Mientras tanto, en el cuartel que yo estaba se rumoreaba que nuestro batallón se iba a deshacer y se mandaría al frente. Yo, iba recordando cuando estuve en los frentes de Huesca; pero, con el Ejército de la República iba a ser distinto, era el Ejército del Pueblo. Muchas veces he

pensado, cómo fue posible que con esos soldados tan buenos, valientes, cultos y audaces hubiéramos perdido la guerra. Creo que, tendríamos que haber hecho la guerra de guerrillas; teníamos factores todavía a nuestro favor para derrotar al ejército de Franco y, hoy España sería Republicana y tendría un gobierno del pueblo.

A todo esto nos llegó la confirmación de la disolución del Batallón Alcántara 14. Se había acabado la buena vida que llevábamos en la retaguardia. Lo bueno dura poco, se suele decir, en adelante no sabía cuál iba a ser mi suerte, pero convencido que poco de bueno iba a tener. Yo estaba seguro de ir al frente con un espíritu sereno, fuerte y valiente, porque sabía que me esperaban pruebas duras que pasar.

La maldita guerra que Franco nos trajo fue la que me arrancó de mi pueblo, de mi familia y del rebaño de ovejas, que felizmente guardaba en los valles de Ansó y Hecho, más en concreto en la Loma de Pinaré de Zuriza. ¡Recuerdos que jamás podré olvidar!

Al quedar disuelto el Batallón Alcántara 14 fui destinado, por el Boletín Oficial del Estado, al cuadro eventual del Ejército de Levante y al frente de Teruel, en los momentos más críticos.

Así pues, una tarde del mes de Enero de 1938 a las 9 de la noche, un grupo de treinta o cuarenta oficiales y suboficiales, cogimos el tren hacia Valencia, la tierra de la naranja. Días más tarde me comentaba un soldado de mi sección: “¿Qué diferente es la lucha aquí entre algarrobos y naranjos, a la lucha en aquellos cerros tan fríos y pelados de Teruel”

De Valencia nos mandaron a Barracas (Castellón) que era donde estaba el Estado Mayor del Ejército de Levante y de ahí fui destinado a la 39 División 22 Brigada Mixta, sector de Alfambra y de ahí pasamos a Escorihuela (Teruel) donde las tropas estaban diezmadas y desechas, después de la toma de Teruel.

El Capitán Mora, estaba herido en el hospital y no lo conocía, pero por lo que me habían dicho, era un buen hombre. Yo tenía ganas de conocerlo, sabía que era fiel a la República y que pertenecía al Partido Socialista Obrero Español y yo al Partido Comunista, creía que nos íbamos a llevar bien y, así fue, cuando regresó.

En su puesto en la compañía, había un teniente, pero yo no me fiaba de él. Su forma de actuar no me gustaba y no sabía de qué partido era. En realidad, no me fiaba de nadie. Sospechaba que de los treinta o cuarenta hombres que vinieron conmigo de Barcelona algunos eran fascistas y, según oí más tarde, así se demostró.

El caso es que el teniente me dio la orden de que organizara urgentemente la Compañía que era de ciento cincuenta hombres, entre quintos y veteranos. La cosa no era fácil, yo no era más que un Jefe de Sección y no esperaba la ayuda de nadie, era nuevo también en la Compañía, no conocía las costumbres y menos las de los veteranos, que eran todos voluntarios y más viejos que yo. Ellos habían participado en la toma de Teruel, que fue muy dura, habían tomado los reductos más fuertes como el Banco de Aragón, Convento de Sta Bárbara y otros.

Encontré que todos los veteranos querían ir juntos, como era lógico, todos se conocían, incluso muchos eran del mismo pueblo o era parientes, primos o hermanos, pero no podía ser que los quintos fueran juntos y los veteranos por otro lado, por consiguiente pensé y, me ayudó el escribiente de la compañía (que era de Barcelona), que las escuadras fueran de cinco hombres, tres veteranos y dos quintos o viceversa y, así se hizo.

Pero, antes de poder hacer todo esto, convencerles, me costó mucho trabajo. A cuarenta hombres voluntarios desde el primer día de la guerra, no les valían palabras para persuadirles de que tenían que hacerlo como yo dijera, no como ellos querían, porque eran órdenes superiores y no mías. Entre ellos había un sargento y un teniente y ambos, aunque a regañadientes, me ayudaron y así fue más fácil.

Aun así, tuve que oírme las palabras más duras de mi vida: “Que si era un emboscado de la retaguardia, que si era un fascista mandado por Franco,... y que, en la primera ocasión que tuvieran en un combate, la primera bala iba a ser para mí.

Yo era jefe de una sección, con los sargentos González que era de Lorca (Murcia) y Bruno de Saldón (Teruel), me ayudaron en todo.

Una noche nos cayó una nevada de un palmo. Nos costó subir hasta la cima de Escorihuela para montar la guardia, a marchas forzadas y a una temperatura varios grados bajo cero. Pasamos aquella noche, metidos como los conejos en aquellas gazaperas de carrascas de rama baj. Montamos una guardia doble que se relevaba cada hora. Así, pasamos la noche.

A la mañana siguiente estábamos como en un horno de calientes, ¡teníamos un palmo de nieve encima! Más tarde sufrimos las consecuencias de aquella nevada.

Así estuvimos cierto tiempo en línea de trinchera, hasta que cierto día llega el relevo. Montamos en los camiones y marchamos en dirección desconocida. Preguntamos a donde te llevaban, pero nadie lo sabía, a veces ni el propio capitán. Así suelen ser los movimientos militares. Hasta que al llegar a un punto determinado nos estaban esperando. Bajamos del camión, ellos se fueron y nosotros emprendimos la marcha, fuera día o noche. Entonces el jefe de la compañía ya sabía hacía donde tenía que ir, en ese caso, nos llevaron cerca de Jorcas (Teruel).

Era el mes de Marzo de 1938 y el sol empezaba a calentarnos un poco. Después del duro invierno, acampamos en unas naves, parideras de ganado enormes, estábamos a cubierto, lejos del frente, sin ruido de ametralladoras, ni estruendo de artillería. Se nos hacía extraño.

A partir de aquel momento nos dieron rienda suelta. Podíamos ir al pueblo más cercano, aunque siempre pidiendo permiso al jefe de sección y éste al capitán.

Una mañana decidimos unos diez o doce hombres ir a Jorcas, el pueblo que teníamos a unos 10 km a mudarnos de ropa. Fuimos en busca del teniente que mandaba la compañía para pedirle permiso, pero no lo pudimos encontrar y bajo mi responsabilidad nos fuimos. Se nos hizo tarde para regresar y nos quedamos aquella noche allí.

A la mañana siguiente y antes de salir el sol, nos pusimos en marcha hacía nuestro puesto, pero no habíamos andado tres km, cuando nos encontramos al jefe de la compañía que venía a buscarnos. Yo le hice el saludo militar y me correspondió, al tiempo que me pregunta si había más soldados en el pueblo. Yo le dije que no, que todos estábamos allí, sin decir nada más. Él y los hombres que lo acompañaban siguieron hacía el pueblo y nosotros hacía las naves que eran nuestro campamento.

Lo que ocurrió a partir de ese momento fue un poco serio, aunque al fin nada pasó. El secretario de la compañía era de Barcelona y, en cuanto llegó el Jefe de la Compañía de Jorcas, le ordenó que me hiciera un parte por escrito, cosa que hizo cumpliendo sus órdenes. Enterado yo por el mismo escribiente, hice lo mismo y di parte al comandante del batallón de los errores cometidos por nuestro jefe de compañía y se lo entregué a mi enlace para que lo llevase al jefe del batallón.

No había pasado ni media hora, cuando llegó un enlace de la Jefatura del Estado Mayor, diciéndome que me presentara inmediatamente en el puesto de mando. Cuando llegué, ya me estaban esperando, me preguntaron: “¿Es usted militar profesional?” “Sí, señor. – Respondí. Procedo de la escala del ejército, no de milicias”. Me contestó: “Ya se ve.” Y, rompiendo el parte que yo le había mandado, me dijo:” “Que no vuelva a suceder más, váyase y diga al jefe de la compañía que se presente aquí”

Así lo hice. Avisé al jefe de compañía que el comandante le esperaba. Al final, todo quedó en nada, pero sirvió para que, a partir de ese momento, fuese más atento y amable conmigo.

Una mañana estando en las parideras pasando lista a la compañía, al poco rato de haber roto filas, se me presentó un soldado (era uno de los que organice entre quintos y veteranos en Escorihuela) y me preguntó: "Usted perdone, ¿es del partido comunista?" "Sí", le dije yo. "Es que quisiera que me acompañara al puesto de mando de la brigada. Yo también pertenezco al partido, me llamo Gregorio López Raimundo." Sin pensar nada más le acompañé. Pasó la consulta al teniente que hacía de capitán y nos fuimos a ver al jefe de la brigada y al comisario que estaban juntos. Gregorio se quedó allí y yo volví a mi compañía.

Años más tarde en 1951, coincidimos. Estuvo conmigo en la cárcel de Carabanchel (Madrid) y con el camarada José Luis Fernández Albert, que le habían conmutado la pena de muerte a 30 años. Yo venía de la prisión de hombres de Guadalajara, para ser juzgado por la fuga del campo de trabajos forzados de Cuelgamuros, en el Valle de los Caídos.

A los 15 días de permanecer en aquellas parideras, dieron la orden de partir de allí inmediatamente. Eran las 9 de la noche del mes de Marzo de 1938. Después de cenar y pasar revista a todos por secciones, emprendimos la marcha.

El jefe de la compañía dio la orden de salida en columna de a uno. Nos dirigimos hacia un barranco, cerca de las parideras, seguimos bajando dirección Norte haciendo zig-zag y luego tomamos dirección Este. Me di cuenta que íbamos en mala dirección, tenían que saberlo por la cuenta que nos traía a todos.

Mi sección iba la penúltima en la fila, yo la encabezaba, como todos los jefes de sección. No paré de correr hasta llegar a la cabeza de la compañía, preguntando a todos los jefes de sección si ellos sabían a dónde íbamos. Nadie lo sabía, mientras seguíamos bajando por aquel

barranco, tropezando con las piedras y las matas que había. Era una noche muy oscura, apenas se veía nada.

La columna como digo, iba en fila de a uno, era un poco más de 1 km de larga. Tenía la sospecha que el jefe de la compañía estaba desorientado. Por fin llegué a la cabeza, y di el grito de alto, a pesar de que apenas nos habíamos hablado con el que hacía de capitán. Nos comunicábamos a través de los enlaces que teníamos, excepto en momentos graves como yo creía era este.

“Teniente por favor, ¿no se ha despistado usted? Yo creo que sí.” -le dije- “¿quiere decirme a dónde vamos?” Él me contesta: “Ya estamos cerca, allí detrás de esa montaña está el puesto de mando de la Brigada” “No, está usted desorientado” Le respondo- “No se preocupe yo los llevaré”. El jefe de la compañía no estaba de acuerdo y pensaba que detrás de esa montaña estaba el puesto de mando. Reinaba la confusión entre la tropa que se sentaba a descansar. Aquella cola tan larga se iba acortando y la gente se iba concentrando entre los dos barrancos que allí se juntaban, el uno que venía del Sur y el otro del Oeste.

En medio de la confusión llegó toda mi sección, con los dos sargentos, Bruno y González. Yo les digo a todos con voz bien fuerte: “Todos los que quieran llegar esta noche al puesto de mando, que me sigan, cogeremos cerro arriba dirección Oeste, hacia donde se ha escondido el sol y después dirección Sur.” Empezamos a subir y vimos que nos seguían otros que no eran de nuestra sección. Apenas habíamos avanzado 1 km, oímos que gritaban mi apellido ordenando que nos esperásemos. Nos sentamos a esperar a que llegara el resto de la compañía y con ellos el jefe, que parecía que se había convencido de que no sabía dónde estaba y se ponía a mi disposición para que lo llevara al puesto de mando de la brigada.

Yo estaba seguro de lo que hacía, seguimos todos juntos la marcha cerro arriba. Le expliqué al jefe de la compañía que si no estás acostumbrado como yo a caminar por el monte con el ganado, era fácil

perderse en aquella noche tan oscura y aún sería peor si comenzara a llover o que apareciese la niebla. Seguimos subiendo haciendo zig-zag y, por fin, llegamos a lo alto.

Encontramos una hondonada en forma de valle, con dos entradas y dos salidas, una por abajo y otra por arriba. En dirección Este-Oeste de 1 km de largo y medio de ancho. En la mitad de este pequeño valle se formaba un montículo y sobre él había un castillo, con cuatro o seis edificios a su alrededor. En Huesca estos castillos son de labranza y en ellos viven las personas que cultivan las tierras. Aquí estaba el Estado Mayor de nuestra brigada y este era nuestro destino. Llegamos alrededor de la una de la madrugada la mitad de la tropa, el resto llegó casi cuando se hacía de día.

A los dos días de estar allí, nos montaron en unos camiones y no paramos hasta las estribaciones de los Montes Universales, en los pueblos de Toril, Masegoso, Terriente y Moscardón, en la carretera de Cuenca a Albarracín. Aquí se libró una semana de violentos combates, en los que tuvimos muchas bajas, pero los fascistas tuvieron más.

Nuestra compañía estaba de refuerzo en unas cuevas que había detrás de una loma, por si perdían la posición, volver a recuperarla. Allí había una brigada republicana que yo no conocía, que esperaba el asalto de los moros. Perdieron la posición y nosotros volvimos a recuperarla. Era una noche estrellada del 10 de Abril del 1938. Nosotros éramos fuerzas móviles y nuestros soldados tenían buena moral de combate.

Los moros estaban muy cerca y no hacían más que cantar y, por la forma que lo hacían, se notaba que estaban borrachos. Yo les conocía de cuando estuve con ellos en Huesca. Preparamos bien los cargadores, la munición, las armas automáticas y las bombas de mano. El sargento Bruno me comunicó que estaba todo preparado, y nos echamos a dormir un rato allí mismo, en las cuevas. Me despertaron las bombas de mano y el tableteo de las ametralladoras que ya estaban en marcha. Oí al jefe de la compañía que me dijo: “Barcos mande su sección arriba a

la loma que ya están allí los moros.” Yo, llamé al sargento Bruno y le dije que cogiera el fusil ametrallador. Nos fuimos hacia la loma. Después, ordené al sargento González que reuniera la sección.

La loma estaba bastante cerca. En una llanura estaba instalada una compañía de la República. El asalto de los moros vino a bayoneta calada, saliendo toda la tropa republicana de las trincheras a la desbandada. Tan solo quedaron un capitán y un teniente, que al vernos a la sección arriba ya luchando, me dijeron, creyendo que era un soldado: “Siga usted adelante.” Yo le contesté: “Preocúpese usted de sus soldados, que nosotros ya sabemos lo que tenemos que hacer.” Decir yo estas palabras y apuntarme los dos con sus pistolas, toda fue una. Pero, en aquel momento apareció el jefe de nuestra compañía que me salvó la vida diciéndoles: “Alto! ¿qué hacen ustedes? Este es un teniente que manda una sección y sabe muy bien lo que hace.” Dejaron de apuntarme.

Los moros venían a cientos, apiñados y borrachos. Se habían adueñado de las trincheras de la zona norte y los teníamos a tiro de las bombas de mano y de las ráfagas de las armas automáticas. En aquel momento el teniente Ibáñez me llamó y me comunicó que estaba herido en una pierna. Le pregunté si podía andar hasta detrás de un terraplén que había a unos 20 metros, ya que allí estaban los camilleros. “Sí” me respondió. En aquel momento, cayeron muertos el capitán y el teniente que me habían estado apuntando, momentos antes.

Al poco rato, un sargento de nuestra compañía me gritó repetidamente que venía un moro por detrás de mí a matarme. Volví la cabeza y, efectivamente, así era. Le dije: “¿Qué haces que no le disparas?” Él le apuntó y le disparó. ¿Cómo había llegado hasta allí? Es difícil de explicar. Atrás de mí estaban el capitán y el teniente, muertos y el teniente Ibáñez, herido en una pierna.

El grupo más avanzado de nuestras fuerzas eran las del sargento Bruno, así como el resto de mi sección. El sargento y yo estábamos muy

ocupados intentando arreglar un fusil ruso automático que disparaba 48 balas por ráfaga, pero en aquel momento solo disparaba una cada vez. Hizo tanto frío esa noche que se había congelado el mecanismo del fusil y hasta que no se calentó con unos tiros, no siguió todo el peine. Yo le ponía las placas y él disparaba, pues era un gran tirador. Así estuvimos unos 10 minutos, con las ráfagas y las bombas de mano. Y, dimos el asalto final, recuperando las trincheras que habían perdido momentos antes las tropas de la República .

Cuando hicimos el asalto, por los parapetos, que eran zanjas, vi a un moro y corrí tras de él. Cuando casi lo alcanzo, se echó a rodar ladera abajo y me quedé con su morral o bolsa de mano. Quise seguir tras él, pero el sargento Bruno y otros gritaron: "No lo hagas, que estará protegido por el fuego de sus ametralladoras." Esto me frenó. Tuve que conformarme con su morral, en el que había tabaco de Marruecos y algunas cartas escritas en árabe. En una de ellas, pedía unos zapatos, para correr más y poder tomar Castellón.

Me puse a mirar por las trincheras, y me encontré a unos doce soldados muertos, pasados por la bayoneta. Eran de otras Brigadas del Gobierno de la República, la mayoría de la región de Valencia. A uno de ellos le habían clavado la bayoneta por un costado atravesándole la cartera, fotografías de la familia, el carnet del ejército y 600 pesetas en billetes de 100.

El asalto de las tropas fascistas, con un tambor de regulares y moros, para apoderarse de aquellas lomas de vital importancia para los dos ejércitos, había fracasado.

Hicimos un recuento de la sección y nos faltaba un soldado. Un cabo me dijo que estaba detrás de una loma y no quería venir. Fui a ver qué le pasaba y lo encontré sentado en el suelo, me dijo que no se encontraba bien. Llamé al practicante, lo miró y me dijo que no tenía nada, que lo que tenía era miedo. A mí me extrañó, porque era uno de los veteranos. Traté de convencerle de que viniera con nosotros a donde

estábamos todos, no hubo forma y tuve que dejarlo por imposible. Transcurrió una hora más o menos y volví a ver si esta vez podía conseguir que viniera con nosotros. Tampoco lo conseguí. Me decía que estaba malo y que no podía. De pronto, pensé: “si a las buenas no puedo, lo hago a las malas. Saqué de mi funda el revólver y le ordeno: “Vamos tira delante de mí o te mato. Te pondré todo el cargador en la cabeza. No tienes nada, solo miedo.” Él se tumbó a lo largo en el suelo, boca arriba y con las manos en alto me dijo: “No puedo, máteme, máteme.” Lo cogí del brazo y lo empujé, metiéndole el revólver por un costado. No hubo forma de que volviera con los demás, tuve que dejarlo otra vez por imposible. Pero, no había transcurrido una media hora cuando se presentó donde estábamos todos. Ya se le había pasado el miedo y volvía a estar como antes, un soldado valiente.

Pasado todo esto, nos dimos cuenta que toda aquella loma estaba llena de cadáveres enterrados, tanto de una parte, como de otra. En algunos sitios en que los muertos tenían unos 20 centímetros de tierra encima, nos servían de parapetos. Aquella loma que estaba en la carretera de Cuenca a Albarracín, dominaba tres pueblos y un cruce muy importante de carretera. Allí llevaban semanas de lucha, día y noche. A veces, dos o tres veces al día pasaba de ser de un bando o del otro.

Cuando las tropas republicanas eran las dueñas de la loma, se presentaban los aviones italo-alemanes fascistas tirando las bombas a toneladas y los cazas ametrallando hacían saltar las piedras al aire, entonces no podía quedar allí nadie. Así se decidió que, tan pronto se viera la aviación enemiga aparecer, se haría una retirada relámpago hacía el bosque, a los pinares que teníamos a unos dos kilómetros de nuestras posiciones. Eran los pinares de los Montes Universales. Hacer esta maniobra era un tanto difícil, pues para correr esa distancia hasta el bosque no había ni un solo árbol, ni hoyos, ni acequias para resguardarte en caso de ametrallamiento de la aviación y podía causarnos muchas bajas; pero no quedaba otro remedio más que correr en caso de ataque aéreo.

Aquí fue uno de los lugares en los que más miedo pasé de toda la guerra. Las cosas como son, no por los moros, porque de estos quedaron pocos vivos esa noche, sino por el peligro que se presentara la aviación enemiga. Así esperando, se hizo de noche, pero no vino. Cuando llegó el relevo, tuvimos una gran alegría.

Serían las 12 de la noche cuando emprendimos la marcha hacia los Montes Universales. Pasamos por el pueblo de Masegoso que estaba desierto y pasamos por delante de la puerta de la iglesia que estaba abierta de par en par. A uno de nuestros soldados se le ocurrió entrar con una linterna y vio a un moro rezando de rodillas en el altar mayor. Entramos a verlo, el jefe de la compañía, el comisario y yo. No se movió, continuó rezando. El jefe de compañía nos preguntó al comisario y a mí: “¿Qué hacemos con él?” El Comisario contestó: “Dejémoslo y vayámonos.” Yo no dije nada. Salimos de la iglesia y allí quedó el moro rezando sin que nadie le molestara.

Esto lo hago saber porque tengo la seguridad de que si este caso se presenta en el bando contrario, allí mismo lo hubieran asesinado. Acababa de ver con mis propios ojos un acto de bondad y de sensatez, que había tenido un jefe de compañía y un comisario del ejército de la República que tan mala fama tenían en el bando Nacional.

Fueron los Nacionales de Franco los que cometieron crímenes durante y después de terminar la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, asesinando durante muchos años en campos de concentración, penales,... Toda España era un penal y en ella se cometieron toda clase de crímenes.

Por fin, llegamos a los Pinares de los Montes Universales y anduvimos alrededor de cuatro a seis kilómetros, hasta llegar donde estaba una caravana de camiones. Montamos en ellos y fuimos atravesando bosques, montañas, ríos, llanuras y pueblos de las provincias de Cuenca, Teruel y Castellón. Siempre con rumbo desconocido, sin saber dónde íbamos, pero seguros de que como fuerzas móviles entraríamos

en combate nada más llegar, ¿dónde? no lo sabíamos. Era la guerra y nada bueno podíamos esperar.

Pero, el caso es que nuestros soldados estaban siempre alegres y contentos, con buena moral de combate, encima de los camiones cantando en valenciano , catalán y castellano, bonitas canciones de guerra y de paz, como esta que sigue.

A la entrada de Valencia lo primero que se ve
es a la guardia de asalto, metida en los cafés.

¡Pobrecitas madres cuanto lloraran!

Las madres son las que sufren,

las novias no lo sienten

porque tienen a los de asalto

y con ellos se divierten.

¡Pobrecitas madres cuanto lloraran!

En los bares y casinos se toma pronto Teruel,

con la cucharilla en la mano meneando el café.

¡Pobrecitas madres cuanto sufrirán!

Y así, había muchas coplas y canciones que hacían llorar y otras de guerra que subían el ánimo.

En aquella Sierra de Cuenca, en uno de los pueblos por los que pasamos situado en el valle que alimenta el río Turia en su cabecera, salió a la carretera todo el pueblo a recibirnos y ofrecernos comida, sin ningún interés, pues no querían dinero, lo único que aceptaron fue jabón para lavar ropa, a cambio de huevos, tocino y jamón. Recuerdo

que ese día no comí otra cosa, me bebí una docena de huevos crudos, sin pan, y nada mas , aunque quisiéramos beber agua o vino, los camiones no pararon en todo el día y la noche, hasta llegar al pueblo de Jorcas (Teruel). Al día siguiente era 14 de Abril de 1938, fiesta de la República Española, nos dieron una excelente comida con un buen vino y, a pesar de que no estaba permitido emborracharse, algunos se pusieron algo alegres.

Aquella noche a las dos de la madrugada tocaron generala. A paso ligero salimos del pueblo hacia la carretera, allí nos esperaban los camiones. Pregunté a los sargentos de mi sección y me dieron el parte de que no faltaba nadie. Montamos y no paramos hasta Ares del Maestre (Castellón), allí permanecimos tres o cuatro días acampados.

El pueblo estaba en lo alto de la montaña y tenía mucho ganado lanar y cabrío. Entre unos cuantos compramos un buen cordero que nos pesó unos 14 kilos limpios por 300 pesetas. Fuimos a una casa particular para que nos lo hicieran a la pastora y asado a la brasa. Una señora de unos 60 años que allí vivía, no me entendía cuando le explicaba lo que queríamos en castellano y tuve que llamar al sargento Capella que era de Benaguacil (Valencia) para que me ayudara. En aquel momento entró en la casa una joven, hija de la señora, y fue ella quien nos lo preparó muy bien. Los pocos días que estuvimos en aquel pueblo lo pasamos bien. Los domingos se ponían los trajes de los días de fiesta: pantalón de pana rayado negro, alpargatas blancas, un pañuelo rojo en el cuello, chaleco y blusa negra hasta la rodilla. Eran gentes sencillas y de muy buena fe.

A los cuatro días de estar en este pueblo, nos marchamos y no paramos hasta las puertas de Torreblanca (Castellón). Allí nos dejaron los camiones, 1 kilómetro antes, para entrar desfilando con la bayoneta calada por la calle mayor del pueblo. Fuimos muy aplaudidos por cientos de personas que salieron a la calle para vernos.

Salimos en dirección a Alcalá de Chivert, donde acampamos entre el ferrocarril y la carretera de Valencia a Barcelona, debajo de los Algarrobos, los olivares y los naranjos, en espera que se hiciera de noche. Aquí se esperaba que hubiera un fuerte golpe, había muchos tanques y artillería debajo de los árboles, los soldados preguntaban “¿nos tocara a nosotros”? Y, así parecía ser, pero hasta la noche no supimos que pasaría.

Entonces ya se había incorporado y tomado el mando de la compañía, el capitán Mora, así como el capitán Talens que cogió el mando del batallón. También se incorporó a mi compañía un teniente, para hacerse cargo de mi sección y un sargento que venía del hospital.

Con todos estos preparativos se hizo de noche. Le tocó al primer batallón atacar y entrar en Alcalá Chivert. Nosotros, éramos el segundo batallón, de protección. Era muy difícil esta operación porque estaba rodeada de montañas, pero fue tan rápido el empuje que se dio, que el enemigo no ofreció resistencia y se tomó el pueblo.

Al día siguiente nuestra compañía, al mando del capitán Mora, le tocó una operación difícil de realizar. Se trataba de tomar un castillo que había en lo más alto de la sierra de Irta, junto al mar, para llegar hasta él se tenía que atravesar una montaña.

Empezamos a subir a las dos de la madrugada, haciendo algún ligero descanso. Antes de llegar al lugar donde teníamos que realizar el asalto, encontramos un soldado enemigo muerto que ya olía mucho. Un poco más arriba era el punto del ataque, llegamos que despuntaba el día. El capitán designó el flaco derecho a nuestra sección. El teniente que tenía que hacerse cargo de mi sección era recién venido de la academia militar, me dijo que como yo tenía práctica y estaba más entrenado que él, que siguiera mandando la sección. El sargento que vino del hospital y fue designado a mi sección, desapareció aquella noche subiendo aquella montaña y sus soldados, en particular los tres cabos, no querían avanzar si él no venía. Tuve que convencerles que no

era hora de discusiones, si no de cumplir órdenes, ya que nuestra artillería había desencadenado un cañoneo muy fuerte. Tratando de convencer a uno de ellos, nos cayó un proyectil de artillería que nos cubrió de tierra y piedras, no nos pasó nada. Pero, un pino de unos 50 centímetros de diámetro que estaba a nuestro lado lo tiró y lo destrozó, cayendo las ramas encima de nuestro cabo que, echó a correr al puesto que yo le había señalado.

La situación nos era favorable porque ya había tomado nuestra compañía un montículo que era importante para poder asaltar el castillo. De repente, oí una voz muy fuerte que me llamó por mi nombre: “Barcos, de parte del capitán que haga la retirada.” Era el escribiente de la compañía y enlace del capitán. Al oír la voz del escribiente, tanto mi sección, como el resto de la compañía salieron a la desbandada, como una banda de palomas. Yo quise oponerme a ello, para que la retirada se hiciera ordenadamente, de repente, vi detrás nuestro, precisamente por donde teníamos que hacer la retirada, un grupo de soldados enemigos con la bandera bicolor. No había duda: “¡Sálvese quien pueda”! Dije yo al teniente que había venido de la academia y al resto de la sección. Al tiempo que corríamos empujé al teniente que iba en cabeza a la maleza y hacía unas rocas que había muy grandes. Allí estuvimos escondidos hasta que se hizo de noche. Encima donde estábamos nosotros se había quedado un soldado de 22 años que era de mi sección y de Barcelona con una perilla estilo Lenin y llevaba un fusil ametrallador ruso de cinta de 150 balas. Al ver a las tropas enemigas con la bandera, se indignó tanto que en vez de retirarse al bosque con los demás, se quedó allí disparando hasta que se le terminó la munición y, gracias a él, no cogieron a nadie prisionero, pero a él ya no lo vimos más.

El teniente en un momento dado se arrancó los galones y los tiró. A mí me dijo que hiciera lo mismo. ”El que yo me los arranque y los tire no es la solución, el enemigo no es tonto para pensar que somos soldados,

además según quienes sean nos matarán sin preguntar.” Sabía yo de qué pie cojeaban los falangistas por mi experiencia en Huesca.

Él no llevaba más que su pistola y yo un revolver de cinco tiros y tres o cuatro bombas de mano en el cinto. Estaba dispuesto a todo si hacía falta antes de dejarme coger como un corderito.

Ya de noche echamos a correr ladera abajo. Había que tomar precauciones no fuera que nos encontráramos alguna patrulla enemiga. Al fin pudimos llegar a la llanura, a los algarrobos y los naranjos y allí ocultarnos mejor y seguir hasta un barranco, donde encontramos las tropas republicanas que habían hecho línea.

Nos echaron el alto, “¿”Quién vive? “22 brigada les contesto” “¿Hacia donde van ustedes?” nos preguntan. “En busca de nuestra brigada.” Al tiempo oímos gritar más abajo que daban el alto a nuestra gente que iba llegando como hicimos nosotros. Nos marchamos para reunirnos con nuestro batallón. Llegamos a la carretera de Valencia a Barcelona y en un puente encontramos a los cocineros de nuestra compañía y a un grupo de soldados. Yo estaba cansado y con mucha hambre, pues no habíamos comido nada en todo el día y los cocineros tenían poca comida, no habían recibido el suministro. Nos repartimos una lata de medio kilo de carne en conserva para dos personas y me eché a dormir.

A la mañana siguiente el capitán ordenó que subiéramos todos más arriba, a un corral de ganado. Allí estuve dos días enfermo, pues la carne que comí demasiado deprisa, me sentó mal. Estando en este corral recibimos la orden de que fuésemos a ver el fusilamiento de un soldado de nuestra brigada , que voluntariamente se había pegado un tiro en la mano, para irse al hospital y pasar como herido en combate, pero el médico se dio cuenta. Yo no pude ir, porque estaba malo, pero los sargentos de mi sección sí y me pusieron al corriente. Me dijeron que él mismo y tres amigos de su pueblo hicieron la fosa. Tranquilo y sereno, como si no pasara nada, cogió el pico y la pala, herido como estaba. Cuando terminaron de sacar la tierra, se puso firme y ante un

“¡Viva la República!”, le disparó el pelotón y cayó muerto. Sus amigos lo enterraron. Fue un hecho que causó mucha pena, pero reconocieron que era necesario para la disciplina militar.

Allí estuvimos alrededor de 15 días, en los que tuvimos que aguantar algunos ataques del enemigo, que rechazamos fuertemente, pero con muchas bajas. En aquel barranco que hay entre Torreblanca y Alcalá de Chivert quedó la línea establecida.

Cuando nos llegó el relevo, fuimos andando 2 o 3 kilómetros y montamos en los camiones. Corrimos en dirección sur toda la noche y, como siempre, sin saber hacia dónde nos dirigíamos, pero no dejábamos de pensar que el enemigo había roto el frente por alguna parte. Allá íbamos nosotros, la 22 brigada a intentar echarles el alto. Ya empezaba a rayar el alba, a la altura de Castellón tuvimos un accidente, el camión en que yo iba chocó con otro que venía de frente, resultando cuatro heridos, uno de ellos yo. Era un camión ruso, fuerte como un roble, subían muy bien las cuestas cargados hasta los topes. Todos íbamos de pie, a mí me tocó ir apoyado con los codos junto a la capota de la cabina, el capitán, el comisario y el escribiente iban en la cabina junto al chofer. Ya habíamos pasado aquellas montañas, prolongación de la Sierra de Irta, con aquellas carreteras llenas de curvas cerradas y con unos acantilados que, al mirar hacia abajo daban miedo. Yo vi que el camión iba a chocar y grité: “¡Qué va a chocar!”, pero, ya no me dio tiempo a decir nada más. Cuando me di cuenta estaba tirado en medio del campo, el comisario de la compañía me ayudaba a levantar y me subió hasta la carretera. Tenía el hueso de la rodilla izquierda roto, con tres agujeros y el nervio del pie izquierdo medio cortado, pues había saltado al chocar. Me llevó 90 metros a rastras, caí por un terraplén y, arrancándome la capota que llevaba y la parte izquierda del pantalón, vi que tenía la pierna llena de sangre.

En cuanto llegó la ambulancia, nos llevaron al hospital de Castellón. A las 8 de la mañana entrábamos y a las 4 de la tarde ya había muerto uno

de los cuatro que ingresamos. Murió reventado, con todo el conocimiento de que iba a morir; él mismo lo decía. Estuve 15 días en este hospital, fueron más bien un tormento. Cada día la aviación fascista desde Palma de Mallorca venía a bombardear. Este hospital se parecía a una plaza de toros, pero la diferencia era que en medio había unos jardines estupendos y alrededor naves llenas de heridos.

Cuando sonaban las sirenas de alarma la gente bajaban al refugio, los que podían, los que no se quedaban allí; yo era uno de ellos. Intenté bajar alguna vez, pero me era imposible y opté por dejarlo a la suerte, no podía hacer otra cosa. Había otros peor que yo que estaban en cama con los pies colgando y solo descansaban en la cama de cintura para arriba.

Había una persona que podía ir al refugio y no lo hacía, era una enfermera. Todas las demás lo hacían, pero ella no. Le pregunté por qué no lo hacía, me contestó que no podía, que era su obligación estar allí, cayeran bombas o no. Ocho años más tarde me la encontré por las calles de Madrid vendiendo barritas de pan y ella fue la que me sacó del apuro en que me encontraba en aquel momento: me había fugado del campo de trabajos forzados del Valle de los Caídos; pero, de esto hablaré más adelante. En los años de gobierno de la República, esta enfermera escribía en un periódico madrileño.

Cada día evacuaban heridos de este hospital de Castellón a sitios más seguros. Pero, iban pasando los días y a mí no me decían nada. Hasta que un día apareció un jefe de hospital por la sala y se lo dije. Me contestó que pensaba que yo no quería ser trasladado. “¿Quiere usted acaso que la aviación fascista me entierre aquí vivo?” Le dije. Él me respondió: “Si usted quiere mañana mismo lo evacuaremos de aquí.” Así fue. Quiero destacar que del hospital ya no quedaba más que una nave en la parte sur por derribar, las otras eran un montón de escombros.

Al día siguiente a las 10 de la mañana, me llevaron hasta el tren que me dejó en Gandía. Allí estuve dos meses en el hospital de Benirredra, en las afueras de Gandía, curé rápido y bien las heridas que tenía, aunque tuve que estar 25 días boca arriba. Aquí reinaba la tranquilidad y la paz, se estaba bien, era muy grande y estaba lleno hasta los topes, algunos tenían poca cosa, sin embargo llevaban allí mucho tiempo, más de la cuenta, cuatro o seis meses por un rasguño en un brazo o pierna que no terminaba de curar nunca. Esto me hizo pensar que allí había mucho cuento porque no querían volver al frente. Para mí que la dirección era de la Quinta columna, organización que actuaba a espaldas y en contra del Gobierno de la República. Traté averiguar alguna cosa relacionada con el sabotaje en el tiempo que estuve allí, pero no pude, la gente no te conocía y no se fiaba.

Seguía pensando en mi brigada y me preguntaba dónde estaría, aunque no podía pensar en volver al frente, necesitaba de dos a tres meses de convalecencia. Y, además, a dónde ir si no tenía familia. Lo único que podía hacer era ir Barcelona, pero el camino por tierra estaba cortado.

Por lo pronto ya me habían dado un bastón y con él iba zanqueando en mis paseos por las calles de Gandía en las horas libres de paseo. ¡Bonita ciudad, más grande que Huesca! Estando allí me di cuenta de que estaba en el más bello jardín de España, con un clima excelente, rodeado de flores, plantas y árboles frutales, que jamás había visto en toda mi vida.

Seguía sin saber nada de la brigada ni de nadie, hasta que un día por la tarde entró en mi sala un teniente del ejército con una cartera en la mano preguntando por mí. Yo no lo conocía. Me dijo: “Soy el Teniente habilitado de la brigada y vengo a pagarle los haberes atrasados y a saber cómo se encuentra usted de las heridas y si le hace falta algo” Le dije que deseaba saber dónde estaba mi batallón. Me respondió que estaba en la retaguardia, en Santa Pola; los demás batallones, en Denia y Altea. La provincia de Alicante se estaba reorganizando, pues había

sido bombardeada por la aviación enemiga que iba en busca de la artillería republicana.

Ante esto dije: “Me daré de alta pronto e iré a buscar mi compañía, aunque allí tenga que estar de baja de todo servicio.” Firmé unas hojas que sacó el teniente de la cartera y me dio un fajo de billetes, me debían unos meses.

Una vez que se marchó el teniente, todos los presentes que había en la sala se sorprendieron porque vieron que había cobrado mucho dinero. Les dije que era la paga de unos meses y que, al día siguiente lo mandaría a Barcelona para mi única hermana que estaba allí, el resto de la familia estaba en zona nacional.

A partir de aquel día ya no estaba tranquilo en aquel hospital y deseaba marcharme. Por fin llegó el día, me dieron el alta porque me iba a la retaguardia. Cogí el tren y me fui a Alcoy, quería conocerlo, ya que me venía de paso para ir a Alicante. Sabía que era un pueblo grande, (más que algunas capitales de provincia), que había muchas fábricas y, además, fue aquí donde Francisco Galán (hermano del capitán Fermín Galán que fusilaron en Huesca, junto al capitán García Hernández, por sublevarse contra la monarquía de Alfonso XIII) creó la 22 Brigada; por esto quería ir. Aquella noche me quedé allí y recorrí toda la ciudad hasta el cuartel.

Al día siguiente me fui a Alicante en un camión en compañía de tres soldados que resultaron ser del mismo batallón. Al llegar, buscamos un hotel en la calle Mayor. Nos quedamos aquella noche, para marchar al día siguiente a Santa Pola. Cuando subíamos por la Calle Mayor, oigo una voz que me llama por mi nombre, era el sargento Bravo de mi compañía. No me dejó ir al hotel y me llevó a su casa. Empezamos a beber “palomas”, vaso va vaso viene. Cuando me di cuenta estaba borracho perdido; era la segunda y última borrachera de mi vida. Pero, a las dos horas estaba completamente sereno y bañándome en la playa, no sé lo que me dieron. Aquella noche dormí en su casa, pero, cuando

me di cuenta de que algo raro me picaba, encendí la luz, ¡en mi vida había visto tantos chinches! Aquella familia, por miedo a los bombardeos no hacía vida en el piso (que era estupendo), sino en el refugio.

Al día siguiente cogí un camión, uno de los tantos que iban a Cartagena, y me dejó en Santa Pola.

En Santa Pola, los habitantes viven de la pesca, pero en verano alquilan sus habitaciones a los turistas para poder sacar alguna peseta más. Tiene una excelente playa, muchas casas son chalets y están a la orilla del mar. Es un pueblo maravilloso, bonito, tranquilo, con sus calles y playas limpias, con palmeras cargadas de dátiles, muy buenos para comer y que adornan el pueblo. Sus habitantes son cultos y formales, acostumbrados a tratar con gentes “extrañas”. En este pueblo estuve alrededor de diez meses, hasta el final de la Guerra Civil,.

El batallón tenía una compañía destacada en las Salinas de Guardamar, muy cerca de Torrevieja, en la desembocadura del río Segura. El trabajo de nuestra brigada era de guardacostas por toda la provincia de Alicante. Cuando la sublevación fascista de Cartagena, estuvimos a punto de ir a sofocarla, pero no fuimos, fue la 22 Brigada al mando de Francisco Galán. Nuestro batallón estaba activo en instrucción militar, supuestos tácticos y maniobras, cultura oficial obligatoria para sargentos y oficiales y los soldados analfabetos tenían la obligación de ir a la escuela, el que no asistiera tenía como castigo la retención de los haberes del mes o se los mandaban a sus esposas. Esto dio buen resultado, aprendieron a leer y a escribir los analfabetos.

Cierto día, un soldado me dijo todo emocionado: “Sr. Barcos, ya se leer y escribir y ya he escrito una carta a mi mujer y no tengo que pedirle a nadie que me escriba y me lea las cartas de mi esposa, de hoy en adelante lo haré yo solo. Todo esto se lo debo al gobierno de la República y le doy las gracias, teniente, porque fue usted el que me obligó a ir. Estaba convencido de que nunca podría aprender”.

Había también una academia de oficiales y suboficiales y ellos estaban obligados a ir, como yo estaba de baja de todo servicio estaba exento, por lo tanto no fui nunca a clase. Pero, el día de los exámenes tuve que ir y los superé. El tema que me tocó fue Geografía Universal y contesté a todas las preguntas perfectamente, tanto es así que saqué el segundo premio, el primero lo sacó un teniente que era maestro nacional.

Al salir de la academia, después de los exámenes, ya en la calle me felicitaron el capitán Mora de mi compañía y todos los oficiales y sargentos. Y, a pesar de que estaba de baja de todos los servicios, asistía con mi bastón a todo movimiento de las tropas, que consistía: antes del desayuno, la gimnasia y después la instrucción y, por las tardes, teórica, supuestos tácticos de todo el batallón. Además, desfílábamos en Santa Pola, marcando el paso con la banda de tambores y de trompetas en perfecta formación y disciplina.

El clima de Santa Pola era el más benigno que yo había visto, el agua apenas se había helado en el más crudo invierno. Las aguas del pueblo a mí no me sentaban nada bien, tenía las ingles llenas de granos y el médico me había recomendado bañarme en el mar. Así pues, todo el invierno alrededor de las doce del mediodía me iba al mar y me bañaba durante media hora; el agua no la notaba fría sólo un poco fresca. Pero, cuando me fui a Alicante los granos habían desaparecido.

En cierta ocasión, el sargento González y yo echamos una solicitud para ingresar en la Academia Militar de Valencia y hacer allí unos cursillos. Tuvimos que hacer un examen de ingreso, pero no aprobamos.

En la plaza Emilio Castelar de Valencia, ahora llamada Plaza del Caudillo, había por aquel entonces un bar-restaurant muy bonito e importante llamado Lansanz; tenía variedades de salsas y bocadillos muy apetecibles. Entramos González y yo y nos encontramos a un capitán del ejército de tierra de sesenta años, completamente borracho, criticando al Ejército de la República y nadie le decía nada, cuando lo

que se merecía era una patada en la barriga. El sargento González y yo decidimos ir a por él, le pedimos la documentación y nos dijo que no llevaba; entonces lo cogí del brazo y lo eché a la calle. En aquel momento pasaba por allí una pareja de la guardia de asalto y se hizo cargo de él. La gente que estaba en el restaurante nos aplaudió.

Días más tarde, en unas maniobras tácticas que hacía el batallón, tuve un enfrentamiento con dos soldados de la CNT-FAI de mi compañía en las afueras de Santa Pola. Yo defendí a capa y espada la posición política de la camarada Dolores Ibarruri “La Pasionaria”, dirigente del Partido Comunista de España, y, ellos me acusaron de fascista, al igual que otros muchos comunistas que eran así acusados en boca de ellos. Esto para mí fue una provocación, aconsejada o inducida por alguien de mala fe, por dos razones: La primera, porque uno de los soldados era el que me había salvado la vida, un tiempo antes en los Montes Universales de Cuenca, al ver que un moro iba detrás de mí para matarme, le disparó. La segunda, porque este soldado y el otro sabían bien, ya que se lo había demostrado en los frentes de Teruel, Cuenca y Castellón que no era fascista. Además, en Aras del Maestre (Castellón) en una provocación similar mataron a un teniente del ejército, pero, conmigo les salió mal porque, ante la provocación recordé la muerte del teniente y saqué mi revólver de la funda y les apunté a los dos diciendo: “Los fascistas sois vosotros, no yo.” Inmediatamente levantaron los brazos en alto diciendo: “No, no que es una broma.” Sé que mi vida estuvo en peligro, pero la de ellos más que la mía. Uno de ellos se llamaba Capella y era de Benaguacil (Valencia) y, en lo sucesivo, fue mi mejor amigo. Juntos estuvimos con la misma patrona en la casa más rica de Santa Pola, cuya dueña estaba en la cárcel de Alicante por fascista y hechos consumados que hizo en contra la República. Al dueño, que estaba allí, le dejábamos escuchar radio Sevilla cuando hablaba el General fascista Queipo de Llano, se le caía la baba al escucharlo.

Esto es lo que me pasó por defender a la camarada Dolores Ibárruri y no estoy arrepentido de haberlo hecho, creí que era mi deber. Pero, ahora pregunto a la dirección del Partido: “¿A dónde hemos llegado por culpa de los intelectuales y no de la base obrera?”, “¿Dónde está el Partido Comunista, el partido de José Díaz, aquel partido marxista-leninista de siempre?, ¿Dónde ha quedado aquel partido que funcionaba de abajo arriba y no de arriba abajo como los demás partidos de derechas?” Los obreros del campo y de la ciudad queremos un Partido Comunista como el de aquellos tiempos, el de José Díaz y el de José Stalin.

En Santa Pola, antes de acabar la guerra, se nos dijo que nadie se moviera, aunque la gente empezó a marcharse a sus casas y al extranjero. Yo recibí una invitación para ir a Orán y la rechacé. Después me arrepentí de no haber ido a Francia pues caí prisionero y estuve a punto de ser fusilado en la plaza de toros de Alicante.

Nunca me imaginé que las personas fueran capaces de cometer tanto crimen aún a sabiendas de que esas personas eran inocentes. Pues, sí señor, así es, los fascistas de España cometieron numerosos crímenes que yo vi en treinta y seis meses de cárceles, campos de concentración y penales.

Llegó el momento en que cada uno marchó por su lado. Ante la insistencia del Comisario de la compañía nos pusimos en marcha, hacia Alicante unos y hacia Valencia otros. Una vez que habíamos salido nos dimos cuenta de que no llevábamos nada de comida y me hicieron volver a buscar unos cuantos chuscos a la compañía. Al volver al lugar en que los dejé, el comisario ya no estaba. Me comentaron que cogió un camión de los que pasaban por allí en dirección a Valencia (él era de allí) llevándose mi petate con la ropa de paisano, lo cual me partió por medio. Fue un hecho premeditado y de mala fe, perjudicándome mucho al dejarme sin ropa de paisano. Jamás he olvidado esta mala acción del comisario.

Llegamos a Alicante, allí no se cabía de la cantidad de fuerzas que se habían concentrado alrededor del puerto. Esto fue una encerrona, puesto que se nos había informado de que el puerto de Alicante, declarado internacional, serviría para escapar al extranjero; todo fue un engaño.



Puerto de Alicante

Cometimos un grave error: salir de Santa Pola, en lugar de ir a Valencia, como era nuestro deseo. Fuimos directos a un campo de concentración o a la cárcel.

Me encontraba lejos del puerto, en el Paseo de las Palmeras, para ver si podía coger un camión hacia Valencia, pero no pudo ser. Entraron las tropas extranjeras del general italiano Littorio. Al llegar a la altura donde yo estaba, se bajó de un camión el capitán italiano y entabló conversación conmigo y sobre todo con un capitán de nuestro ejército. Después de hacer el saludo militar nos preguntó: “¿Hay muchas tropas en la capital y en el puerto del ejército de la República?” Yo me callé, pero el capitán español le dijo: “En la ciudad no pero en el puerto, sí; habrá entre cuarenta y cincuenta mil soldados todavía.”

Al oír el italiano la palabra “armados” dice: “¡Ah!” con un acento extranjero mezclado con español. “Pero, no tenga cuidado –dijo el capitán español- la guerra ha terminado, ahora ustedes se irán para Italia ¿verdad?.” El italiano le contesta: “Oh, no nos juntaremos con Alemania para ocupar París, Londres y toda Europa, luego nos juntaremos con Japón y atacaremos Rusia, porque esta sí que está armada.” El militar español le contestó: “Una vez ocupada Rusia ocupareis Estados Unidos ¿verdad?”. “Sí, sí!” dijo el italiano y se fue.

Alicante, 28 de marzo de 1939, este día terminó la guerra

5. Fin de la guerra y detención

¡Sí, la guerra ha terminado! Pero yo me pregunto: “¿Cómo es posible que un ejército como el de la República haya perdido la guerra? Un ejército nacido, creado y organizado en las entrañas de la clase obrera y de los campesinos de toda España, en particular, Aragón, Cataluña, Andalucía, Asturias,... ¿Qué sucedió para que, unos soldados veteranos y aguerridos forjados en la lucha, con una ideología políticamente fuerte, capaces de morir si era preciso, cuarenta veces superiores a los soldados peleles de Franco, perdiésemos la guerra? No, no me lo podía creer.

Nuestro ejército era superior al de Franco. Éste tenía divisiones enteras de extranjeros, moros, italianos y alemanes. Así era el ejército de Franco. Lo único que tenía de bueno eran las brigadas navarras, lo demás eran soldados muertos de hambre, desnudos y descalzos como gitanos. ¿Cómo iban a matar el hambre y el frío que tenían con un haber de 50 céntimos cada día? No podía ser. No les quedaba más remedio que robar, asaltar gallineros, corrales, huertos, tiendas y comercios. Mientras que, de sargento para arriba, lo pasaban bien y se emborrachaban. ¿Estos soldados habían ganado la guerra? ¡No! No podían ganar la guerra a no ser gracias a la ayuda de las divisiones de italianos y alemanes.

El ejército de la República, en cambio, si en vez de entregarnos como corderitos, nos hubiésemos lanzado a la sierra a hacer la guerra de guerrillas, nunca hubiera habido tantos muertos. Y, quizás, de esta manera Franco hubiese perdido la guerra.

A mi juicio nuestro partido tuvo un fallo muy grande por no haber preparado los cuadros para la formación de guerrillas, sabiendo que la Segunda Guerra Mundial era inminente y, si ganaban los aliados, nos

ayudarían y tendríamos una República en España, que siempre era mejor que una monarquía fascista, que nada tiene de constitucional.

La ciudad de Alicante estaba ocupada por la División al mando del general italiano Littorio que, por cierto se portó muy bien, las cosas como son. Después llegaron las tropas españolas y con ellas empezó el crimen, que ya no paró en 40 años. Para mí empezó lo peor de mi vida, pasar y ver ¡lo que son capaces de hacer las personas!



Puerto de Alicante

Fui a parar al campo de los Almendros y de allí a la plaza de toros. Nos ponían en grupos de 100 personas. Al entrar lo primero que veíamos era un pelotón de soldados al mando de un sargento apuntándonos con una ametralladora. Tenía aspecto de fusilamiento en masa, pero no fue así, al menos ese día, eso vendría más tarde, durante la noche y de madrugada.

La plaza llegó, hasta el extremo de que no se cabía casi de pie. Así estuve durante el espacio un mes, cuando se fue vaciando ya te podías echar al suelo e intentar dormir para matar el hambre. Para comer nos daban 500 gramos de pan y una lata de sardinas de 100 gramos para un

grupo de siete hombres; lo daban cada 24 horas, de 12 a 1 de la madrugada, aunque a veces, cada 48 horas. Así, debido a que no comías, se secaba el intestino y la gente moría. Yo mismo estuve 17 días sin poder hacer de vientre y cuando pude fue del tamaño de un garbanzo, eso fue mi salvación.

A parte de hambre, había otra forma de matar hombres. Sobre las 2 o 3 de la madrugada venían patrullas de soldados al mando de un teniente e iban contando hombres del uno al diez; el que hacía diez, se lo llevaban y ya no se le veía más. Una noche, el de mi lado se había quedado dormido hacía poco, yo no podía porque el hambre no me dejaba y les vi que venían contando; al llegar a nosotros le dieron una patada en los pies y el joven militar se despertó sobresaltado. Se lo llevó una escuadra de cinco hombres, mientras los demás seguían contando y ya los perdí de vista. Así, cada noche fusilaban a hombres, sin saber cómo se llamaban o de dónde eran. Aquella noche había tenido suerte, ahora hacía falta esperar a la siguiente, la otra y las demás. Esto era el fascismo.

Durante el día también se dedicaban a desnudarnos y se llevaban nuestros pantalones y guerreras. Todos los oficiales y sargentos de Franco que estaban en Alicante, venían a vestirse a la plaza de toros, con la ropa de los presos. A mí ya me habían quitado una cazadora de cuero que había comprado en Elche, por 700 pesetas. Una mañana apareció un teniente con un grupo de soldados y me llevaron al cuerpo de guardia, me dieron 5 chuscos de pan, ordenando que me quitase la cazadora. Me dejaron en mangas de camisa. A otros les quitaron el pantalón y la chaqueta, dándoles unos monos rotos y viejos, que a algunos les llegaban por las rodillas

Por fin llegó el día de prestar declaración. Hacía más de un mes que estábamos en aquella situación. Nos iban sacando en grupos de 150 hombres hacía el cuartel de Benalúa en Alicante. Allí era precisamente donde estaba mi brigada cuando estaba en bando nacional. Tenía la

esperanza de salir en libertad, pero no fue así. Cuando les dije la verdad de quién era yo y lo que me había sucedido, no me quisieron creer. Pero, yo insistí y les dije que mi ficha tenía que estar allí en sus ficheros; un sargento se levantó y enseguida la encontró, al tiempo que decía, sí, es verdad mi capitán. Yo aproveché para decirles que si hubiera sido desertor en 10 meses que estuve en Santa Pola, hubiera podido marchar a Orán, como hicieron otros. No hubo forma que me creyeran. De ahí fuimos conducidos al Castillo de Santa Bárbara, donde también tengo recuerdos que no puedo borrar.

Estaba en un grupo llamado el Trujillo, en lo más alto del castillo y no conocía a nadie. Allí estaba la compañía de los soldados que nos montaban la guardia y con ellos los que hacían de verdugos nuestros. Éramos como las fieras del parque, cada vez que tocaban el pito, había que salir corriendo a formar en columnas de tres y esto se repetía muchas veces al día.

A veces, venían mujeres de falange vestidas con uniforme, correa, pistola, incluso fusil al hombro, preparadas para el crimen. Nos hacían formar y dar un paso al frente y pasaban uno por uno preguntando de dónde era, para luego acusarles de las muertes que habían hecho en sus pueblos y si no las había, se las inventaban. Creo que para esto están los jueces, pero no, ellos preferían llevarlos a un pinar y fusilarlos allí. Una vez estábamos formados y al compañero que tenía al lado le preguntaron de donde era, él dijo que de Castellón, ellos dijeron: “No usted es de Madrid.” Yo no sé de donde era, pero creo que hubiera sido fácil averiguarlo, pero no, lo llevaron al pinar y lo asesinaron.

Nunca olvidaré el nombre de Ernesto Giménez Caballero, jefe provincial de Falange en Alicante. Vino al castillo y habló delante de unos 600 soldados y oficiales de la República. No sabía hablar e hizo el ridículo, el último comisario de mi compañía sabía hablar mejor que él. Solo supo decir y, con muy poca gracia, que la Pasionaria nos había engañado y que el Dr Negrín, Prieto, Azaña y Alcalá Zamora eran esto

y lo otro. Recuerdo que cuando el jefe de mi brigada Jorge Ibón Labarbera y el comisario de la brigada José Solá nos echaban un discurso, nos hacían llorar por la buena oratoria y las verdades que nos decían. Y, cuando la Pasionaria, el presidente de la Generalitat de Cataluña Lluís Companys y otros hablaban a la nación, hacían llorar a millones de ciudadanos.

A los dos días de esta visita, una mañana tocan el pito como de costumbre para formar, y oímos una voz que dijo: “A ver, el diputado comunista que hay aquí, que suba” Fuimos muchos quienes nos quedamos sorprendidos (éramos unos 100 del grupo de Trujillo), de repente vimos salir de nuestra formación un joven alto y fuerte de unos 30 años que subió por una cuesta donde estaban los asesinos y Ernesto Giménez Caballero. Este que de caballero tenía poco y mucho de verdugo y criminal, le dijo a este diputado por Canarias (no recuerdo su nombre) que si se pasaba con ellos a Falange, sería puesto en libertad. Éste le contestó: “Yo no conozco el fascismo español, el italiano sí” Él le replicó que era igual que el español. “Tendría que estudiarlo”, le contestó él diputado y le pidió unos libros.

A los dos días lo volvieron a llamar. Al cabo de un rato vimos que lo bajaban entre tres hombres, medio muerto, cogido uno de cada brazo y el otro sosteniéndole la espalda. Todo su cuerpo de pies a cabeza estaba lleno de sangre. Lo pusieron sus amigos en el suelo sin nada de ropa. A los dos meses de haberle dado la paliza, aún tenía el cuerpo morado. Sin embargo, había dos diputados más, el uno socialista y el otro republicano, a estos no los tocaron para nada y, además, les dieron todas las facilidades que quisieron. Estaban en la enfermería con buenas camas y no les faltaba de nada.

Los verdugos de este castillo eran tres falangistas, un alférez, un sargento y el ordenanza de estos, pero además de estos, había otro que si bien no se dedicaba a dar palizas, sí hacía de chivato para los fascistas, era el Comandante Mármol, jefe de la 28 división confederal.

Mi padre hizo un viaje muy largo desde el Valle de Ansó a Alicante para verme y hacer los trámites para mi liberación. Vino provisto de avales, pero el jefe provincial del Movimiento no le quiso recibir. El hombre muy desilusionado se tuvo que volver a Fago.

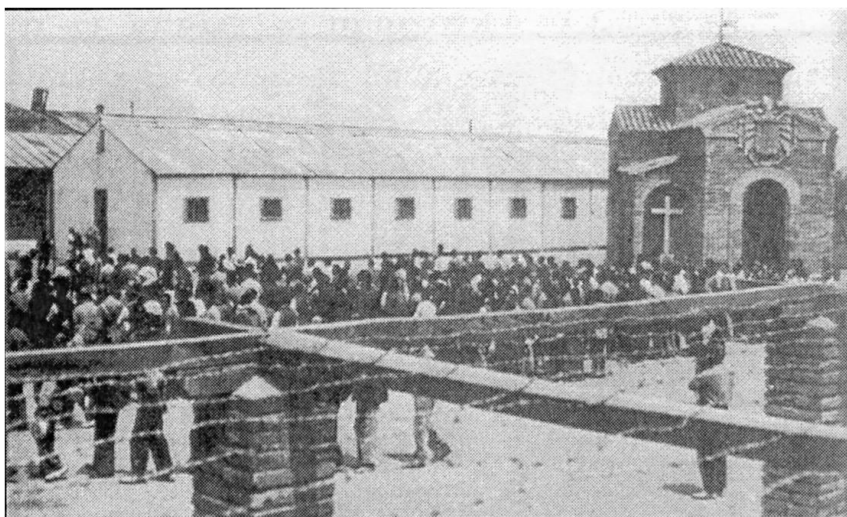
Y, llegó el día de ser conducido por la Guardia Civil a Huesca. Desde que salimos de Elche no nos dieron de comer en 24 horas y salíamos ya con mucha hambre. Íbamos alrededor de veinte hombres, cuando llegamos a Zaragoza, yo no me podía tener de pie del hambre. Un guardia civil fue a una panadería y nos trajo 15 kilos de pan. En Aragón no estaba racionado, pero en Alicante la población se pasaba un mes sin verlo.

Llegamos a Huesca, yo esperaba que me llevaran a los calabozos del cuartel o sino a la prisión militar, pero, no fue así, me llevaron al instituto de segunda enseñanza, que hacía de prisión civil y donde estaba la Campana de Huesca. Según la historia, allí colgaban a los reyes que se rebelaban en tiempos de la Inquisición. Allí dormíamos unas treinta personas. Estuve cinco días, después me llevaron a la prisión militar, situada al lado del instituto. Allí se estaba bien, tanto por la comida, como por el servicio, pero no duró más de un año. Durante ese tiempo ya había declarado ante el juez del regimiento. Me acusaron de desertor, según ellos lo demostraba el hecho de que el Gobierno de la República me había ascendido a sargento y por lo tanto yo era persona de confianza de este gobierno.

Yo me atenía a los hechos y a la verdad. El caso es que yo me perdí en una noche de niebla y cuando me echaron el alto conocí en la voz de que no eran de los míos, pero ya no pude volver atrás, porque si lo intentaba era hombre muerto y para ello había tiempo. Que me portara bien con el Gobierno republicano fue un hecho, pues estuve contento y me trataron muy bien. Me gustó más que la zona fascista, pero ellos no podían estar descontentos de mí, pues me porté lo mejor que pude también.

Hoy hace más de 40 años que todo esto ha pasado y, a veces pienso que podía haber sido fusilado o haber muerto de hambre en los calabozos fascistas, porque ¡qué les importaba a ellos que cayera uno más de los cientos de miles que ya habían matado!

En el mes de Noviembre de 1941 la prisión militar de Huesca fue disuelta y los presos trasladados a San Juan de Mozarrifar (Zaragoza). Fueron días muy amargos para mí. Estuve a punto de morir de hambre, como a tantos otros les pasó. De la provincia de Córdoba murieron de hambre y malos tratos unos 400 hombres.



Cárcel de San Juan de Mozarrifar

Y, hoy en España, tienen el cinismo de nombrar la Conferencia de Seguridad Europea y acusar a la Unión Soviética de no respetar los Derechos Humanos. Pero antes habría que hacer una revisión por una junta calificadora en cada nación nombrada por Naciones Unidas y ver dónde se han cometido los verdaderos crímenes. Estoy seguro que los occidentales se llevarían el primer premio.

Tuve la suerte de que mi hermana Marcelina que estaba sirviendo en Barcelona, vino a servir a Zaragoza y me traía barritas de pan, ¡Me salvó de morir de hambre! Meses más tarde me volvieron a llevar otra vez a Huesca, esta vez a la prisión provincial. Era muy pequeña y había tantos presos que no se cabía de pie. La gente dormía en las escaleras, sentada y en el patio. En cuanto a la comida era poca y mala, pero ya no era para morir de hambre. Los guardianes eran también malos, pero no tan criminales como en San Juan de Mozarrifar. Las monjas que había en esta prisión se portaban bien, dentro de lo que cabe. Se dio el caso de que algunos presos cuando salieron en libertad, se fueron monjas con ellos y después se casaron.

Aquí tampoco era rara la noche que no sacaban a alguno a fusilar. Cuando estuve en la prisión militar de Huesca conocí a un maestro nacional de Sangarren, estaba condenado a muerte y se escapó. Aquí en la prisión provincial tenía un hermano que también era maestro, y estábamos en la misma sala. Una noche se llevaron a cuatro hombres para fusilarlos, entre ellos estaba él, que gritó, momentos antes de que se lo llevaran. “Me fusilan por pertenecer al Partido Comunista. Yo no he matado a nadie.” Y se despidió diciendo: “¡Viva la República camaradas!”, encendió un puro y se lo llevaron los asesinos de Falange.

Y llegó el día de salir en libertad. A los treinta y nueve meses de cautiverio, una tarde de Junio de 1942, se presentó el secretario de mi antiguo regimiento de infantería Valladolid nº 20 de Huesca en la prisión militar y me dijo: “¿Quiere salir en libertad? Puede hacerlo si usted quiere sr Barcos, pero tendrá que firmar la conformidad de ocho años de condena, ya que por un indulto que ha dado el caudillo Franco y que alcanza hasta los 12 años, se puede acoger usted”. Y agregó: “Mire si es usted prisionero o desertor, usted sabrá, tiene buenos informes en ambos lados, nosotros los oficiales profesionales del ejército, le apoyamos, pero los oficiales de Falange dicen que usted ascendió a sargento en zona republicana, por tanto, tenía que ser un hombre de confianza para la República, por esto quieren expulsarlo del

ejército. Los de su promoción son oficiales y, usted desde el día que desapareció hasta hoy, le tocaría cobrar unas cuantas miles de pesetas. Si acepta firmar, saldrá al cuartel y estará libre hasta que se licencie. De no ser así, tendrá que esperar hasta el día que le hagan el consejo de guerra y esto no sabemos cuánto puede tardar, igual un mes, que tres años”.

Quedaba bien enterado, me sentía entre la espada y la pared, ¿qué hacer? Esperar un mes o tres años más de cárcel, o ¿quién sabe? Yo no podía estar más años en la cárcel, era hombre muerto, tenía que salir como fuese, estaba agotado, flaco, no me podía tener de pie y ya me daba lo mismo lo que iba a firmar (iba a ser degradado a soldado raso y pasaba a hacer guardias). Habían conseguido lo que deseaban, pero esto era mejor que la muerte, que ya me la veía venir en la cárcel y por eso firmé la condena de ocho años y el indulto.

6. Vuelta a casa

Salí en libertad como soldado raso. Era consciente de que estaba lelo de remate y sin fuerzas para nada. Un cabo en mi compañía sabía que era pasar por todo eso, porque había visto a otros tantos en la misma situación que yo, me dijo: “Vaya a ver al teniente ayudante del coronel que es buena persona y le explica que acaba de salir de la cárcel y que no ha visto a su familia en seis años y que desea unos días de permiso. Se los concederá. Es conveniente que se vaya al pueblo y este el tiempo que sea para recuperarse.” Yo, sin pensarlo, hice lo que me dijo. Conseguí quince días de permiso y me fui al pueblo a los seis años de haberlo dejado (fue el día que eché una moneda al aire para ver si iba a la guerra o no). Habían pasado seis años y traía un recuerdo de la vida que jamás podré olvidar.

Pasaron los quince días. Fui a presentarme al cuartel y dieron quince días más. El secretario del juez, me dijo que me marchara a casa y no volviera más, si no me llamaban. Hasta fecha de hoy aún no me han llamado.

A los jóvenes del pueblo no los conocía, pero me saludaban con alegría y los mayores también. Vi al el secretario del ayuntamiento Santiago Montreal, que fue el que me dijo que me podían fusilar por llegar tres días tarde y me acompañó hasta Jaca para que no me pasará nada. Mosén Basilio Coterón, el cura, a la media hora de haber llegado a mi casa vino a saludarme y abrazarme. Y, así el pueblo entero.

Para celebrar mi llegada, al verme mis padres tan flaco, mataron un cordero. Tenía la esperanza que con aquellas comidas tan buenas, el clima y las aguas purificadoras de este terreno tan puro y sano de los Pirineos del Alto Aragón, recuperaría fuerzas y no haría falta hacerme ninguna transfusión de sangre, como otros muchos se la tuvieron que hacer.

Aquel verano estuve los tres meses sin trabajar nada, solo paseaba. Vamos trabajé algo en la recolección de la siega y la trilla de nuestra casa, pero como teníamos poco que recoger, trabajé poco también. Recuperé pronto las fuerzas y el estado sano y fuerte que tenía antes de la guerra. Pasé el verano divertido. El cura del pueblo, Mosén Basilio, era un buen hombre y tenía confianza en mí. Había hecho bien en el pueblo, gracias a él no fusilaron a Recuenco y a José de Gurria. Estos dos hombres estaban en el bosque cortando madera, cuando llegó a manos del cura una lista de Huesca dando los nombres de los que se tenían que fusilar en Fago. Este cura fue al bosque y les dijo: “Hijos míos iros a Francia o si no os matarán.” Al secretario del Ayuntamiento también se lo querían llevar y el cura y el Alcalde se opusieron rotundamente. Mosén Basilio estaba deseoso de que le contara todo lo que sabía de la Guerra en España, lo que pasaba en las cárceles y la situación política y de la Guerra Mundial, pues estaba en pleno apogeo la batalla de Stalingrado, era el 22 de Julio de 1942. Nos íbamos andando, lejos unos días y cerca otros, nos sentábamos donde nos parecía y allí mano a mano hablábamos hasta que nos cansábamos, o era hora de comer.

Yo desde Marzo de 1937 pertencí al partido Comunista. Acababa de salir de la cárcel donde había pasado tres años y tres meses, fueron los años más amargos de mi vida. La cárcel fue una escuela de hambre, de miseria, de terror, pero también, de cultura política, militar y sindical; y yo como militante del partido estaba al corriente de todo, porque en las cárceles estábamos bien informados.

El mosén me preguntaba cómo veía la Guerra Mundial, ¿quien la ganaría? Yo le decía que los alemanes la acabarían perdiendo, y él aunque lo negaba, se enfadaba, no quería que Alemania perdiera la guerra. Al cabo de unos días recibió un telegrama de Bilbao, comunicándole que su madre estaba gravemente enferma y tenía que ir. No lo volví a ver hasta pasados ocho o diez días. A su regreso vino enseguida a verme, me dio un abrazo, y me dijo que tenía razón con lo

que pensaba que Alemania perdería la guerra. “Es una vergüenza lo que está pasando en Stalingrado” y dándose con el puño en el pecho agregó: “La religión católica no admite esas matanzas tan horribles.”

Me dijo que en Bilbao hubo un atentado contra el general Dávila, causando algunos heridos. Yo no sabía si era cierto, pues la prensa no dijo nada, tampoco creo que quisiera engañarme con esa noticia, ya que para mí no tenía más importancia. Era el verano de 1942 y el régimen de Franco estaba muy fuerte entonces. En los días siguientes las charlas fueron en torno las tropas aliadas, pensábamos que, cualquier día desembarcarían en algún lugar de Europa Occidental.

El Octubre de 1942 me puse a trabajar de pastor en casa Poli, era el alcalde del pueblo entonces. Tenía bajo mi responsabilidad más de 1000 ovejas. En el invierno bajamos a Lanaja (Huesca), las ovejas estaban flacas y tuvimos malos corderos. El tiempo no nos acompañó, hizo un invierno muy crudo y nos cayó una nevada de 40 centímetros de espesor y el ganado estuvo tres días sin comer y aunque habíamos traído grano de Lalueza (Huesca), no fue suficiente y las ovejas lo sintieron mucho y tardaron en recuperarse.

Por las noches caían unas heladas tan fuertes, que se heló un perro de un año, estando a cubierto, no al raso. Este perro era de Santiago Puyó, de casa Poli. Mi hermano Federico que desde que vino de la mili tenía paludismo, le faltó poco también para morir helado. Allí estábamos José de Ambeles, que tenía 15 años, su hermano, Amado Ambeles, Santiago Puyó y yo, que era el mayoral. Pasamos unas pruebas muy duras a causa del frío. Las ovejas entraron en pleno apogeo de parir. Teníamos que estar todas las noches de los meses de Diciembre y Enero, con ellas que mojadas, a causa del aguanieve que caía, estaban pariendo y al cogerlas para dar de mamar a los corderos que nacían, se nos helaban las manos. Allí estábamos, al pie del cañón en la barrera de la paridera, para salvar al cordero que nacía y llevarlo pronto al fuego, para que se calentara y secara y después llevarlo junto a su madre, que

también estaba helada, y ponerlos todos a cubierto. Cada noche venían pariendo entre veinte y treinta ovejas.

En el verano de 1943, nos tocó en el sorteo, para pastar el ganado, Guarrinza. Hizo un buen verano, el ganado engordó y estuvo muy bien. Amado y José de Ambeles, Cristóbal de Lorón y mi primo Isidoro comíamos las truchas que pescábamos. El invierno siguiente bajamos al monte de Ráfales, en Esplús, cerca de Binaced (Huesca), lindando con la provincia de Lérida porque se juntaron en sociedad unos cuantos ganaderos de Fago, Chanloren de arriba, Cuartillo, Poli (estos eran los ganaderos más grandes, tenían alrededor de mil cabezas cada uno) con otros más pequeños, los de casa Cucos, los de Ambeles, Zaragoza, Chaime, y Julian de Alejos. Un mozo de Chaime en una de las muchas noches que íbamos al baile de Esplús, tuvo un accidente, cayó de espaldas y se mato.

En total teníamos en ese monte a más de tres mil cabezas de ganado, más las yeguas de Poli, que eran cinco o seis. Aquel año los carniceros de Huesca, que eran amigos de Santiago Puyó, de Cuartillo y de Chanloren nos hicieron una mala pasada con la compra de los corderos. Nos autorizaron de palabra vender los corderos en Catalunya, ya que estábamos tan cerca, ya que ellos ese año tenían suficientes. En Catalunya los pagaban mejor que en Huesca, y así se hizo, se vendieron en Lérida, a un precio razonable por ambas partes y se cerró el trato. Una mañana que se procedía a hacer la entrega de la primera tanda de corderos, se presentaron los carniceros de Huesca a llevárselos para ellos. Habían roto el acuerdo con Poli y se los llevaron al precio que les quisieron dar. Eran los tiempos de la dictadura y el fascismo de Franco y estábamos obligados a obedecer y callar.

También en aquella primavera, se presentaron unos tratantes de Catalunya para comprar todo el ganado de Poli, más de ochocientas ovejas con el propósito de pagarlo con oro. Poli, que era mi tío, me preguntó que me parecía todo eso, ¡claro aquello había que estudiarlo!

Sospechábamos que ese oro podía ser falso o robado. Les propusimos que cambiaran ese oro por billetes en el Banco de España ¿por qué no lo aceptaron? Si ellos no podían ¿qué pasaría cuando fuera Poli a cambiarlo? También Poli corría el riesgo de quedarse sin ganado y sin dinero. Yo le aconsejé no venderlo, aunque Poli estaba casi decidido a hacerlo. Luego, algunos me criticaron, otros no, pero hoy en día estoy contento de haber actuado así, creo que obré bien. Mi primo Casimiro era de la Guardia Civil, estaba en el puesto de Binaced y nos hacía alguna visita de vez en cuando en misión de servicio, pues este monte y Esplús estaban bajo jurisdicción de Binaced.

Al siguiente verano me tocó ir con setecientas ovejas al valle de Canfranc, al puerto de Candanchú. Cierta día del mes de Agosto, nos citamos mi primo Isidoro y yo con dos pastores franceses de 18 y 50 años, (eran sobrino y tío); quedamos en una franja estrecha de terreno de unos 5 metros de ancho por 40 de largo, que no pertenecía ni a España, ni a Francia. Comimos, bebimos y nos pusimos contentos con aquel ternasco y el buen vino, hablamos de política y de la guerra. Los franceses y yo éramos partidarios de los aliados, y mi primo de los de los alemanes, casi arreglamos nosotros la guerra esa tarde. Tiempo después me enteré de que pertenecían al Movimiento de Resistencia francés, y cuando entraron los aliados en Oleron, el tío pasó a ser concejal del ayuntamiento.

En Somport, tenía el pueblo de Arañones a solo 2 km del lugar en que yo estaba con el ganado. Casi cada noche bajaba a cenar a la casa de Santiago Monreal. También estaba aquel verano allí, Nemesio de María Agueda y su hermana, mujer de Santiago. La estación de internacional de Canfranc, era un depósito de mercancías, y estaba lleno hasta los topes de comida que tenían los alemanes preparada para llevársela, estaba custodiado por la Gestapo. Cierta día que estaba mi primo Casimiro allí con nosotros, nos invitó a Santiago y a mí, a visitar la estación de Francia y España, que estaban juntas. No dejaban entrar a nadie, estaba prohibido, pero como íbamos con mi primo entramos sin

ninguna dificultad. Una vez dentro, sorprendimos a un tiarrón alto y fuerte que estaba durmiendo, creo que era el hijo de un ministro alemán, al ver a mi primo vestido de uniforme de la Guardia Civil enseguida se levantó, se puso firme y le hizo el saludo militar. A continuación recorrimos las dos estaciones, todo estaba lleno de comida, bebida, latas de sardinas, por valor de 4 millones de pesetas. ¡Nunca en mi vida había visto tantas cubas de vino como allí! Se acercó hacia mí un obrero de los que trabajaban allí, yo iba de pastor y escoltado por mi perro de ganado, y me dio una botella de vino, “Esto para usted”, me dijo. Le di las gracias y se fue. Pensé que Santiago le había hecho alguna señal sin que yo lo viera.

Aquella noche no bajé a cenar a Arañones, me quedé en mi choza y me acompañó un guarda forestal de dicho valle. Nos bebimos entre los dos la botella de vino y faltó poco para que nos emborracháramos. Más tarde me enteré que toda la bebida que allí había era la esencia pura del vino.

En aquellos días de los meses de Agosto y Septiembre, la guerra era muy dura entre los alemanes y el movimiento de resistencia francés. Los maquis venían dando fuertes golpes a los alemanes en toda la frontera franco española y hacia el interior de Francia, formándose algunas veces fuertes escaramuzas y combates a lo largo de la frontera, entre Perpiñán y Bayona.

Una noche, sobre las 11, estábamos cenando en casa de Santiago Monreal, cuando llamaron a la puerta. Era el Alcalde, que venía a decirle a Santiago, que era el secretario, que había llegado un tren con unos 50 alemanes armados, y entre ellos algunos muertos y heridos. Esto ocurría a menudo, no paraban de franquear la frontera española, grupos pequeños armados de alemanes. Mientras tanto los periódicos españoles publicaban grandes titulares y crónicas en primeras páginas, señalando que las tropas soviéticas avanzaban a pasos agigantados hacia Berlín, preparando el asalto. Por otro lado, las tropas aliadas

estaban en una encarnizada batalla hace varios días en Montecasino y avanzan por toda Italia hacía Roma.

España sirvió de refugio a todos los que huían de Alemania y otras naciones, cargados de crímenes cometidos por toda Europa. Aquí eran recibidos con los brazos abiertos por el franquismo.

Días más tarde, otras fuerzas aliadas en una operación militar, la más grande de la historia, desembarcaron en Normandía y avanzaban hacia París. Pocos meses más tarde, la guerra en Europa había terminado, los alemanes que se creían ser Superman, habían capitulado y mordido el polvo en Berlín.

Un día, estando yo con el ganado muy cerca de la frontera, en Candanchú, vi llegar a las tropas francesas por la carretera general de España y Francia. Era un grupo de soldados del general de Gaulle, sacaron una bandera que dejaron los alemanes al huir, y pusieron la francesa. Era el fin de la guerra y de la ocupación alemana en Francia.

Mientras tanto, yo como militante del Partido Comunista y educado en la línea Marxista-Leninista y del Internacionalismo Proletario, siendo fiel como siempre lo había sido, hice acto de presencia en el partido, al jefe de guerrillas y al maqui franco-español. Me nombraron enlace de guerrillas entre Francia, Zaragoza y Barcelona. Por eso seguí de mayoral en casa Poli de Fago.

El 20 de Septiembre tuvimos que abandonar Candanchú con el ganado y bajarnos a los montes bajos del Valle de Ansó y Fago.

7. Apoyo a la guerrilla

Mientras tanto, todos estos montes estaban llenos de guerrilleros que se habían infiltrado en España desde Francia. Marchaban hacia el Sur cruzando el río Aragón y del Roncal a la Sierra de Santo Domingo. En el momento que íbamos a salir con el ganado para bajarnos al monte alto de Biel (Zaragoza) se presentaron dos guerrilleros y dirigiéndose a mí, me dijeron que necesitaban pan y dinero. El teniente echó mano a una cartera que llevaba en una bolsa de costado, sacó un mapa y me dijo: “Aquí están el pueblo de Berdún y el río Aragón, sabemos que por allí hay fuerzas. Tiene que acompañarnos e indicarnos por donde es más fácil cruzar.”

Enterado yo y ordenado por aquel comando de guerrilla, ni corto ni perezoso fui hasta donde estaba tío Poli que iba con las caballerías. Le comuniqué lo que pedían y me dijo: “Dinero poco les podemos dar, llevo lo justo para pagar los gastos que haya hasta llegar a la Sierra de Santo Domingo y Biel.” Así pues les dio un pan de 10 kilos y 400 pesetas. “En cuanto a cruzar el río será un poco más difícil porque ha llovido y nevado mucho, bajará el río que dará miedo verlo, pero de poderlo cruzar tiene que ser un poco más abajo de donde desemboca el río Veral al Aragón, allí tiene unos 400 metros de ancho y baja el agua más mansa. Años atrás cuando escaseaba el trigo en estos valles, lo compraban en estos pueblos de la Canal de Berdún de extraperlo y cruzaban el río por allí. Esta noche lo podéis hacer y mañana nos esperáis en Berdún o en Martes, que nosotros llegaremos con el ganado.”

Quedamos así y emprendí la marcha hacía donde estaba la tropa, que era en la borda de Panchané de abajo, en el Barranco de Huértalo.

Al poco rato cuando ya íbamos por el sendero de la Ferrera, nos encontramos con un pastor de Fago, que al vernos juntos se sorprendió que yo fuera con ellos, pero no pasó nada. Llegamos a la borda, allí estaban descansando unos treinta guerrilleros, cuyo jefe era el teniente

que venía conmigo. Estaban bien armados, con metralletas, explosivos y bombas de mano, hasta un fusil ametrallador. Emprendimos la marcha. ¡La noche iba ser un poco dura! De lo que pasara esa noche y hasta que los dejara al amanecer, yo era el responsable.

Bajamos por el barranco de Huértalo, pasamos por las afueras de este pueblo y cruzamos el barranco de Fago por la parte sur del pueblo de Majones. Tomamos el camino de Villareal, cruzamos la carretera de Jaca a Navarra, el río Veral a 500 metros antes de su desembocadura en el río Aragón, bajaba el agua fría y con fuerza, nos llegaba hasta la cintura, pero fuimos hasta donde nos indicó Poli, en la desembocadura y cruzamos, allí, el agua nos llegaba hasta las rodillas. Tuvimos suerte de no tener que ir por el puente.

Así quedaba cumplida mi misión. Cruzamos por medio del pueblo de Martes a las dos de la madrugada y a 2 kilómetros al sur en la carretera de Bagués y Larués los dejé. Me volví con el ganado, pero antes les dije ¡salud y suerte camaradas!

Me encontré con el ganado entre Berdún y el río Aragón y continuamos de Cabañera hasta el monte alto de Biel, Sierra de Santo Domingo, donde teníamos que apacentar el ganado durante un mes.

Como es lógico, muchos pastores de ganado orientaron, guiaron y dieron de comer a grupos de guerrilleros, compañeros y hermanos nuestros. Llegamos con el ganado a Santo Domingo, allí había cientos de guerrilleros. Al parecer este era un punto de concentración, mientras, el ejército español había salido de los cuarteles. Un día dieron una batida por la sierra un batallón de soldados y la Guardia Civil de Biel, los guerrilleros no se movieron de donde estaban y no pasó nada.

Otro día cuatro guerrilleros se presentaron en el corral donde teníamos la choza los pastores y nos pidieron algo de comer. Yo les maté un cordero, parte lo hice asado en brasas y el resto a la pastora y se fueron al terminar de comer. Eran el comandante Cortés y tres de sus

ayudantes. Uno de esos días bajé a Zaragoza, a llevar un paquete de impresos de propaganda y se lo entregué al camarada Collado. Dos días después las calles de Zaragoza se llenaban de octavillas de las guerrillas.

Al regresar de nuevo a la sierra con el ganado, volvió otra vez el comandante Cortés, esta vez con un guerrillero herido, estaba cojo de un pie y a punto de entrarle la gangrena. Me pidió que me hiciera cargo de él durante unos días. Yo, estaba acostumbrado a todo, el pie del guerrillero estaba tan mal, que si le entraba la gangrena se lo tendrían que cortar, de eso no había duda. Le pedí a mi tío Poli, que acababa de llegar de Fago para bajar el ganado a Tardienta, pues muchas de las ovejas ya habían parido, su célula personal para que me hicieran un salvoconducto de provincias.

Este hombre que tenía más de 50 años, lo hice pasar por el dueño del ganado y lo monté en un burro cabañero hasta la estación de Riglos (Huesca). Cogimos el tren hasta Zuera (Zaragoza) y lo dejé en la estación, porque no podía andar de lo mal que estaba. Yo me fui al Ayuntamiento con la célula personal de Santiago de Poli, para que me hicieran un salvoconducto de provincias, que era lo que pedía la policía en aquellos tiempos. Al llegar a Barcelona lo dejé en casa de una hermana suya.

Este guerrillero venido de Francia, atravesó los Pirineos del Alto Aragón, con lluvia, nieve, atravesó ríos y más ríos de agua helada, hasta más arriba de las rodillas, sierras y cordilleras. Todo por querer derrotar la dictadura de Franco, o por lo menos crear las condiciones para ello. Ya lo había hecho en Francia, derrotando el fascismo, ahora venía a España con esta voluntad de hierro que tienen los verdaderos comunistas.

Este camarada era José Miguel Ripoll, catedrático de la Universidad de Barcelona. Meses más tarde, en un cuartel de ingenieros de Barcelona,

se descubrió un movimiento subversivo y detuvieron al coronel Jefe del Regimiento y a un comandante, cuñado suyo.

Mucha gente que me conoce, se preguntará porque hice todo esto. Yo era un pastor de ganado, llevaba una vida dura, me había convertido en un marxista-leninista, por qué creía era lo más justo para los obreros y los campesinos. Por la política de Stalin, hasta la victoria. Ya sé que esta frase no gusta a muchos, pero es así.

Dejado ya este guerrillero en Barcelona, cogí el tren de regreso a Tardienta. Dormí en la casa de una familia de mi pueblo (Casa Herrero), los consideraba como de la familia. Había trabajado un tiempo para ellos, de los 15 a los 20 años. Me informaron de que el rebaño de Poli había pasado la tarde anterior hacía la Sierra de Tardienta para pasar el invierno y hasta el mes de Mayo.

Al día siguiente por la mañana, ya estaba con el ganado en la sierra. Nos pusimos a separar las borregas de las madres, cuando oímos ladrar a los perros, porque venían hacía nosotros un grupo de Guardias Civiles guiados por un guarda forestal de Tardienta. Yo mosqueado por lo que pudiera pasar, salté los cañizos que había para cerrar la puerta del corral y me fui al Pinar de Leciñena, que no estaba muy lejos. Allí estuve escondido todo el día viendo los movimientos que hacían, hasta que, a última hora se fueron, pero no muy lejos, a esconderse hasta que se hizo de noche.

8. Detención y cárceles

Yo tenía una denuncia puesta por el cabo de la Guardia Civil de Fago y, en aquellos momentos, ya había hecho efecto. Este cabo era de Artieda (Zaragoza).

Cuando nos disponíamos a cenar, volvieron a ladrar los perros, pensé que la paridera estaría rodeada, no hice nada, cené y al terminar me pidieron que les acompañara a Tardienta. Estaba seguro de que si no me ataban, con la noche tan oscura que había, no llegaría a Tardienta, me podría escapar, pero no pudo ser. Tuve la sorpresa de que mi hermano Federico venía también; esto era un problema, porque el ganado ya estaba pariendo y que faltaran dos pastores era muy complicado para los que quedaban pudieran atenderlas. Mi hermano tenía poca salud, tenía paludismo desde que vino del servicio militar y si yo me daba a la fuga al cruzar la sierra, estaba seguro de que podrían darle una paliza, y no lo resistiría. Eso hizo que decidiera no fugarme.

Llegamos a las 11 de la noche a Tardienta, nos llevaron al cuartel de la Guardia Civil y dormimos en el suelo en un colchón de lana. Al día siguiente acompañados por una pareja de la Guardia Civil, cogimos el tren hacia Huesca. Antes de arrancar subió una joven de unos 18 años y les pidió permiso a los guardias, para sentarse a mi lado, con una voz muy amable me preguntó cómo me llamaba. Se bajó en la primera estación deseándome mucha suerte.

Llegamos a Huesca, al cuartel de la Guardia Civil. A mi hermano lo pusieron en libertad y a mí me llevaron a la Prisión Provincial. A los tres meses me trasladaron a Zaragoza me pusieron a disposición de un juzgado especial y me hicieron un consejo de guerra de urgencia. Éramos tres, uno no tenía nada que ver conmigo y salió absuelto, el otro le cayeron tres años de condena, por el solo hecho de haberme alojado en su casa y, en cuanto a mí, me condenaron a seis años, por haber dado de comer a cuatro guerrilleros (el comandante Cortes y tres de sus ayudantes).

A los cinco meses de estar cumpliendo condena en la cárcel de Torrero en Zaragoza, cayeron en una redada gente de la Unión Nacional, en Zaragoza Jaca, Pamplona, Logroño y algún pueblo de la provincia de Huesca. En esta redada volvió a aparecer mi nombre, como enlace de guerrilla con Zaragoza. El tartamudo Ansón quería saber que se había hecho con aquel guerrillero que tenía el pie mal y del comandante Cortés. No les dije nada pero me tuvieron cinco noches en la comisaria político-social, sometiéndome a una serie de “pruebas”.



Cárcel de Torrero

La cárcel de Torrero estaba llena hasta los topes de presos políticos. Había un ambiente de lucha contra el franquismo y buenas tertulias, que dejaban a los hombres marcados para toda la vida, a pesar de la represión, los fusilamientos de compatriotas, y las celdas de castigo.

A los siete meses de estar en Torrero, me llevaron al penal de San Miguel de los Reyes (Valencia) que además de ser un penal, era una escuela político-cultural y sindical por parte de los presos. Había muy buenos profesores, destacaban entre ellos los comunistas. Había unos 800 guerrilleros y unos 500 políticos y militares, con una buena organización y disciplina.

A los ocho meses me trasladaron a la prisión de Carabanchel en Madrid y a los 15 días me llevaron al Valle de los Caídos, a trabajos forzados. De Valencia salimos cuatro compañeros políticos y de Carabanchel unos veinte. Nos llevaron a los barracones y allí escogimos las literas para dormir. Los que veníamos de Valencia nos pusimos los cuatro juntos, porque ya nos conocíamos y los de Madrid hicieron lo mismo.

Al día siguiente nos llevaron a hacer unas pruebas con el pico y la pala. Los cuatro que veníamos de San Miguel de los Reyes nos dejaron allí y a los demás los devolvieron otra vez a Carabanchel.

A los dos días, era domingo, nos fuimos a dar una vuelta los cuatro por los barracones del valle, con el fin de estudiar el terreno y la gente y ver cómo y dónde estaba montada la guardia. Fuimos dos por un lado y dos por otro. Cuando regresamos a los barracones, ya habían detenido a los otros dos compañeros y los habían devuelto a Carabanchel. Los había cogido la Guardia Civil escondidos en un barranco, leyendo el periódico Mundo Obrero del Partido Comunista. Este periódico lo había sacado yo de Carabanchel y no me lo supieron encontrar en el cacheo que me hicieron. Así que nos quedamos solo dos, de todos los que llegamos aquí.

Aquella noche no pude dormir, pensando en lo que había pasado aquel día, y porque se oían en el silencio de la noche, gritos y suspiros de la gente que le estaban dando latigazos. Nos dijeron los veteranos que eran dos hombres que se habían escapado hacía unos días y los habían cogido. Los mataron a palos.

Nosotros podíamos ir donde quisiéramos dentro del valle, y con mi compañero fuimos a dar una vuelta, con el fin de ver y estudiar el terreno y preparar la fuga. Tanto mi compañero como yo no estábamos dispuestos a morir allí, pues nos dimos cuenta de que aquello era un cementerio y no quedaba más remedio que defendernos.

Desde luego que yo me asusté de ver aquellos hombres tan flacos y tan viejos, hombres que tenían 40 años y parecían que tenían 60. Eso fue lo que me hizo tomar la decisión de escapar. Era todavía joven y estaba fuerte, no tenía más que 33 años y mi compañero igual.

Y, llegó la hora de fugarnos del Valle de los Caídos, la hora de jugarnos la vida, ¡no podía fallarnos! Estaba seguro de mí mismo aunque sabía que sería difícil, porque no conocía el terreno y lo que pudiera haber detrás o si nos saldría algún imprevisto.



Valle de los Caídos

Emprendimos la marcha, era el 1 de Noviembre de 1946, día de Todos los Santos, entre dos luces, entre el día que terminaba y la noche que ya estaba allí. Con un palo cada uno en la mano y una bolsita con un kilo de higos llenos de tierra para comida, cruzamos la divisoria del valle por un collado estudiado de antemano, y entramos en un bosque de pinos bajando hacía un barranco por un matorral muy espeso. Al llegar al final nos encontramos con una manada de vacas y toros bravos, no contábamos con ellos, unos estaban comiendo, otros durmiendo y los demás remugando. Teníamos que pasar sin que ellos se dieran cuenta

de nuestra presencia, de lo contrario lo íbamos a pasar mal. Le dije a mi compañero.: “Sígueme como un perrito, sin hablar ni una palabra”, así lo hizo. Cruzamos por medio de la manada, saltando una pared y luego otra. Al llegar a una alambrada de cables de púas, un toro que estaba tendido nos vio, se levantó furioso y corrió hacia nosotros, pero nos salvó otra alambrada en la que el toro tuvo que pararse. Luego vino otro toro y nos pusimos detrás del tronco de un árbol, él se paró ante la alambrada, corrimos a escondernos detrás de otro árbol, y de ahí subimos hacia una ladera de pinos hasta llegar a lo más alto de la sierra, que era la divisoria de las dos Castillas. Cruzamos la carretera de la Coruña y avanzamos hacia la Sierra de Guadarrama alrededor de un kilómetro y en un punto determinado hicimos un descanso, que lo teníamos bien merecido.

Después de atravesar la sierra durante la noche y el día siguiente, con montes de más de 2000 metros, llegamos a las dos de la madrugada del 3 de Noviembre a la Granja de San Ildefonso (Segovia). Al rodear las afueras nos encontramos el río, pero nos dio miedo cruzarlo porque bajaba mucha agua y podía arrastrarnos, pues no sabíamos nadar ninguno de los dos. Fuimos por la orilla en busca de algún puente; lo encontramos cerca de un bosque. Cuando nos dirigíamos hacia allí, oímos una voz fuerte que nos gritó: “¡Alto cuerpo a tierra!” Mi compañero se tumbó rápido al suelo, y yo haciéndome el sordo, le dije: “¿Qué dice?” Al mismo tiempo le di con el palo que llevaba a mi compañero en una pierna, me di media vuelta y corrí haciendo zigzag para atravesar un cerro que había. La Guardia Civil disparaba con un arma automática, silbando las balas en mis orejas, mientras corría a cruzar la divisoria de un cerro, salté a la carretera que pasaba por allí creyendo que tenía poca altura, pero resultó tener más de 4 metros, caí en medio de la carretera. Me levanté enseguida, no me dolía nada solo fue un golpe, no tenía nada roto.

Seguía oyendo el retumbar de los disparos, al tiempo que mi compañero me llamó. Vino donde yo estaba, los disparos no nos podían

dar, “menos mal le digo”, “pensaba que te quedabas allí tumbado en el suelo, hemos tenido mucha suerte, mira que nos han tirado balas”. “Sí, sí” me dice. “Si nos cogen prisioneros, nos mataran a palos, como a tantos en aquellos barracones, por lo tanto es mejor morir, antes que dejarnos coger”. Respondí yo.

Ese río nos había fastidiado. Le dije que volviéramos al bosque antes de que se hiciera de día, y que allí ya pensaríamos que hacer y que ruta seguir. Subimos hasta lo alto de un puerto, donde las hierbas eran más altas que un hombre, son unas plantas que se crían en terrenos de nieve, en el Alto Aragón hay muchas, y se suelen usar para cama de las vacas y los cerdos. Encontramos un manantial y comprendí que era un buen escondite. Lo primero que hice, fue cavar con las manos un agujero en la tierra, para que al rato pudiéramos beber agua buena y sana y nos acostamos a dormir. Descansar, era lo que más falta nos hacía, particularmente a mí. Mi compañero estaba más fuerte que yo, llevaba menos tiempo en la cárcel y eso influía mucho.

Al llegar la noche nos levantamos, bebimos buen trago de agua del pozo que había hecho, comimos unos higos con pan que todavía llevábamos, y comentamos que lo mejor que podíamos hacer era coger ruta hacia Madrid, monte a través. Teníamos que llegar antes de que se hiciera de día. Estábamos frente la Granja de San Ildefonso, en lo alto de la Sierra de Guadarrama, a unos 60 kilómetros de Madrid. Cogimos toda la vertiente del río Manzanares y como guía teníamos a la estrella Polar, que una vez más me ayudo a orientarme, como en otras tantas veces con el ganado y durante la guerra. Esta vez iba a ser desde Segovia a Madrid a través del monte, sin haber estado nunca. Antes de llegar tuvimos otro percance en el camino, que pudo ser muy grave, pero tuvimos suerte. Esta nos acompañaba.

No queríamos andar por la carretera por miedo a encontrarnos con la patrulla de la Guardia Civil, pero mi compañero me convenció y caminamos un poco por ella. No habíamos andado unos 200 metros que

en una curva nos encontramos con una pareja de la Guardia Civil. Sabiendo que nos jugábamos la vida, le dije a mi compañero: “Mira allá en aquella pared hay un boquete, podríamos correr y saltar antes que nos echen el alto.” Él me contestó: “No, déjame a mí.” Les dimos las buenas noches y nos preguntaron de dónde veníamos tan tarde (eran las 11 de la noche). Yo no contesté nada y mi compañero les dijo como pretexto: “Hemos estado con los compañeros de trabajo en el bar bebiendo unas copas” Se dieron por convencidos. ¡Menos mal que fue así!

Nos despedimos de ellos dándoles las buenas noches. Anduvimos un rato, dejamos la carretera y echamos a correr por el campo por espacio de un kilómetro hasta que nos encontramos un huerto de coles y un pozo de agua, ¡allí estaba nuestra comida! Teníamos hambre y nos hinchamos de coles. Cuando terminamos de comer me di cuenta de que corriendo nos habíamos desviado de la ruta hacia el sur-oeste, según me indicaba la estrella Polar teníamos que coger dirección sur para llegar a Madrid.

Bien comidos y bebidos emprendimos la marcha. Llegamos a la Casa de Campo a las 6 de la mañana del día 5 de Noviembre de 1946. Nos metimos dentro de unas matas de carrasca, había muchas por allí y eran muy espesas. Dormimos hasta las 11 de la mañana. Entramos a Madrid por la Estación de Norte.

Ya en la capital, ahora le tocaba a mi compañero. Él conocía Madrid (aunque era de Sevilla). Era un hombre culto, más que yo, pero estaba sorprendido de la forma que lo llevé hasta Madrid por aquellas sierras de las dos Castillas y Guadarrama, tan lejos y de noche sin haber estado nunca.

En primer lugar, nuestro propósito era llegar a Huesca y de allí ya veríamos la dirección a seguir, si quedarnos en la montaña con los guerrilleros, o bien pasar a Francia. Esta idea fue truncada a tiros en la Granja de San Ildefonso, después de haber dado ya un gran paso, que

había sido fugarse y cruzar la sierra de Guadarrama dos veces, por falta de una.

Lo primero que hicimos fue dirigirnos hacía la casa de un conocido suyo pero no había llegado del trabajo, lo esperamos hasta que apareció, nos dio de comer. Su madre le había hecho una olla grande de ese “cocidito madrileño” que tanta fama tenía en toda España. Luego nos acompañó unas cuantas calles, nos dio cinco duros a cada uno para que saliéramos del paso y se volvió al trabajo. También estaba fichado por la policía y de vez en cuando iban husmeando por su casa a ver lo que hacía.

Fuimos hacia las Ventas y dormimos en una barraca que estaba habitada, nos dejaron dormir en el suelo. Al día siguiente nos dijeron que unos cuarenta policías armados habían estado registrando todas las barracas y se llevaron a varios hombres en un camión. La barraca donde nosotros estábamos era de las primeras que había al entrar, pero estas no las miraron, ¡fue nuestra salvación!, ya no volvimos más a dormir allí. Se decía que allí vivían unas 10.000 personas.

Una noche que buscábamos pan por unas calles de Madrid, nos encontramos a unas mujeres que estaban vendiendo barritas de estraperlo. Cuando ya me iba sin comprarles nada, porque me parecieron caras, nos llamó una de ellas y me dijo: ”Yo le conozco a usted” “¿A mí?” Le digo yo. “Le he visto en alguna parte, porque su cara me suena. ¿Cuándo la guerra estuvo en algún hospital?” “Sí, en Castellón y en Gandía.” Le respondí. Me dijo que ella había trabajado en el Hospital de Castellón y me dio todos los detalles. Efectivamente era ella, la enfermera que conocí en el Hospital de Castellón.

Sin pensarlo más, la pusimos al corriente de nuestra situación. Era del Partido Comunista y antes de la guerra escribía en el periódico Mundo Obrero. Ella fue la que nos buscó trabajo y habitación que era lo más importante, nos dio dinero y con él compramos unas cazadoras de tres

cuartos y unas botas de montaña, para poder, si llegaba la ocasión, incorporarnos a la guerrilla y nos proporcionó una nueva identidad.

Estuvimos trabajando dos meses en el ramo de la construcción en las Ventas. Ganaba 12 pesetas diarias, con ello tenía que pagar la habitación y comer (uva, ya que era el tiempo de recolección y algunas barritas de pan.) Los domingos íbamos al Mesón de Paredes a comer caliente, consistía en una salsa con judías, patatas y carne de burro muy buena. Siempre había unas colas muy largas para entrar y a veces no quedaba comida

Cierto día nos avisaron de que en breve un enlace nos esperaba en la estación de tren del Escorial para unírnos a la guerrilla. Llegado ese día cogimos un tren en la Estación del Norte, con los salvoconductos de provincias falsificados y nuestra identidad falsa. Yo me llamaba entonces Luis Aníchina Catalán. Estuvimos esperando mucho rato al enlace que no apareció. Durante tres días estuvimos yendo a la estación del Escorial, pero ya nos mosqueamos y tuvimos miedo de caer en manos otra vez de la policía. Así que nos despedimos. Él se quedaba en Madrid, tenía amigos allí y yo cogí el tren hacía Barcelona.

El 22 de Diciembre de 1946 llegaba a Barcelona a las doce de la noche. Fui a dormir a casa de la hermana del guerrillero José Miguel Ripoll, herido en el pie que ya relaté anteriormente cuando era enlace de guerrillas.

A la mañana siguiente vino mi hermana y me fui con ella a casa de unos amigos del Valle de Hecho, Gregorio y Julia Orensanz y Antonio y Lucia Ballesta.

Cinco años más tarde me casé en Barcelona. Al mes y medio de estar casado me volvió a coger la policía, me llevaron al Penal de hombres de Guadalajara. Allí estuve 17 días en una celda de castigo subterránea, en la que las paredes chorreaban agua. Perdí 10 kilos en esos días. Después me trasladaron a otra celda mejor, allí ya entraba la luz del día.

Estaba solo y permanecí en aquel lugar por espacio de un año, solo salía al patio dos horas al día, coincidiendo con cuatro presos comunes condenados a muerte.

Aquí, en este Penal, fueron los guerrilleros los que me ayudaron en todo momento y gracias a ellos pude salir con bien de este largo y duro castigo a que fui sometido en esos calabozos del franquismo. A pesar de que estuve aislado de toda la población reclusa durante un año, en vez de desfallecer salí más fortalecido de lo que estaba al entrar. Pasado este periodo pasé a hacer vida con el resto de reclusos en la galería de los patriotas guerrilleros, y me enteré que eran ellos quien me tiraban algo de comida por los barrotes de las ventanas. Luis Lucio Lobato era nuestro jefe.

Me llevaron por dos veces a la prisión de Carabanchel para ser sometido a juicio en Madrid por el quebrantamiento de condena. Esta vez compartiría celda con un conmutado de la pena de muerte, con el camarada José Luis Fernández Albert, oficial de la Armada Española. En las horas de patio de la tarde conocí al camarada Gregorio López Raimundo. Nos dábamos los tres buenas palizas al ajedrez y a la pelota vasca, que casi siempre les ganaba. Gregorio estaba solo en la celda, solía tener muchas visitas y una vez vinieron a verle dos diputados laboristas ingleses.

9. Epílogo

Pasé unos cuantos años de mi vida en la cárcel. Me detuvieron en Alicante y estuve preso en esta ciudad, en el Campo de los Almendros, la Plaza de toros y el Castillo de Santa Bárbara. De ahí pasé a San Juan de Mozarrifar (Zaragoza), donde estuve encerrado treinta y nueve meses. Después me trasladaron a la Prisión Provincial de Huesca allí permanecí un año. De nuevo me trasladaron, esta vez a la cárcel de Torrero (Zaragoza), estuve siete meses. De ahí me llevaron a San Miguel de los Reyes (Valencia) y, a los ocho meses de estar en aquel penal, me trasladaron a Carabanchel (Madrid). A los quince días me llevaron al Valle de los Caídos a realizar trabajos forzados, de donde conseguí escapar. Años más tarde, me volvieron a detener y me trasladaron al Penal de Hombres de Guadalajara, donde estuve preso durante un año.

Este es mi periplo carcelario.

El objetivo de este libro es explicar a la juventud los hechos acaecidos desde el derrocamiento de la Monarquía de Alfonso XIII en España, pasando por la época de la República, la Guerra Civil y la Postguerra. Para que esta juventud juzgue por ella misma, lo que nosotros hemos vivido. ¡No podemos engañar a nuestros hijos!

Barcelona, marzo de 1990

ÍNDICE

	Página
1 José, el pastor.....	9
2 Camino al frente.....	31
3 Frente Nacional.....	37
4 Frente de la Zona Republicana	47
5 Fin de la guerra y detención.....	85
6 Vuelta a casa.....	95
7 Apoyo a la guerrilla.....	103
8 Detención y cárceles.....	107
9 Epílogo.....	117

